

BIBLIOTECA

TESTAMENTARIA
DE
D. JOSE M.^a VICARIO

JOSE ROGERIO SANCHEZ

LA PERFECTA CASADA

según Fr. Luis de León.

AÑO MCMXII

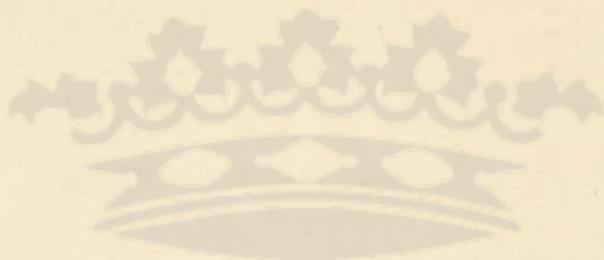
Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



ARCHIVO MUNICIPAL
ALCALÁ DE HENARES

Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



FRAY LUIS DE LEÓN

Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA

*Conferencia leida en el Centro de Defensa
Social el día 31 de Enero de 1912.*

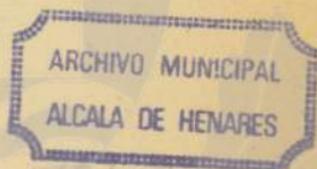
LA PERFECTA CASADA

SEGÚN FR. LUIS DE LEÓN

POR EL

DR. JOSÉ ROGERIO SÁNCHEZ

Catedrático de Literatura en la Escuela de Estudios
Superiores del Magisterio.

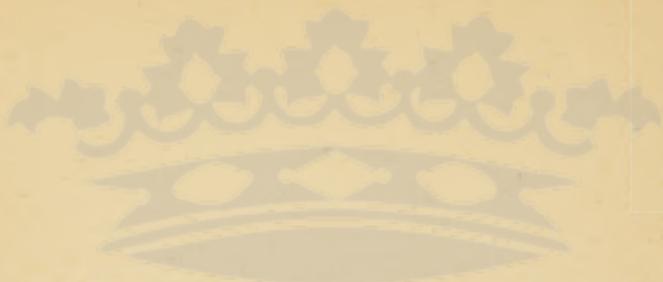


MADRID

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE GÓMEZ FUENTENEIRO
calle de Bordadores, 10

Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



ARCHIVO MUNICIPAL
ALCALA DE HENARES

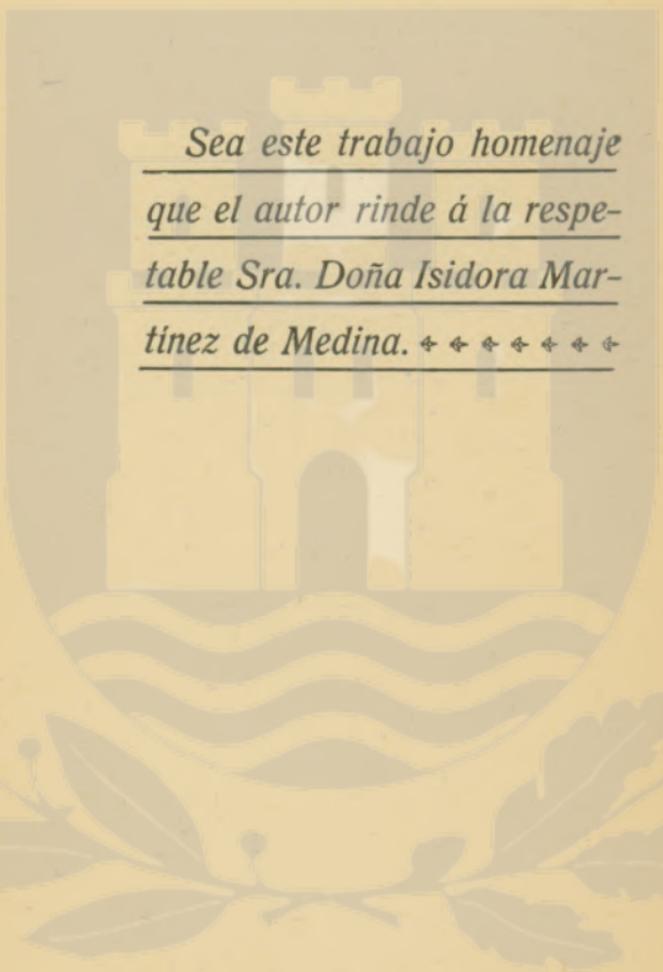
Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



*Sea este trabajo homenaje
que el autor rinde á la respe-
table Sra. Doña Isidora Mar-
tinez de Medina. † † † † † † †*

Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



LA PERFECTA CASADA

SEGÚN FR. LUIS DE LEÓN



Cardenal Cisneros

Señoras.

Es la primera ocasión que se me presenta de hablar desde este sitio; al honrarseme con esta invitación, se me advirtió que gran parte de mis oyentes, y desde luego, digo yo, la parte más merecedora de mis respetos (y no tengáis cuidado que algunos se den por ofendidos), la porción más escogida, seríais vosotras, y ello me movió á pensar en hablaros de cuestión que pudiera ser interesante y que fuera al propio tiempo como homenaje que esta Casa rinde, por mediación mía, á la mujer española, de la que tanto podemos aprender los hombres.

Y estas palabras últimas no las creáis una cortesanía, ni vuestra modestia las juzgue un halago. Si son ciertas y justas os lo probará que hace poco más de un mes asistíais aquí á otra Conferencia en la cual una mujer, cuyo corazón late á impulsos de altos ideales, enaltecía á una virgen castellana, gloria de esta tierra bendita de los nobles y levantados anhelos; mujer excelsa que recorriendo

paso á paso el camino de esta vida sin renegar de ella, enseñó á los hombres á mirar á la altura, por encima de los anchos campos donde el pan se gana, por encima de los altos montes donde vigilan las fuertes atalayas y los castillos señoriales; pues ella había levantado su *Castillo interior* sobre las elevadas cumbres donde las águilas anidan, y allí moraba con el Esposo; que era aquél lugar el adecuado para las divinas bodas, y aun creo yo que las más humanas, si han de ser como luna donde se refleja algo de celestiales goces, sobre las altas cumbres han de formar también su nido, lo cual no quiere decir que mujer y marido no han de volar á ras de tierra; pero sepan, cuando el corazón pide levantar el vuelo, lanzarse al ideal con sólo el impulso de los pies sobre aquélla, sin manchar las alas; y llegar arriba, á aquel *castillo interior* donde las íntimas confidencias no necesitan voces ni palabras materiales.

Cuando tan claros ejemplos puedo mostraros, sin mirar más que á este sitio que ocupó y recordar la fecha citada, bien claro véis que mi homenaje á vosotras, señoras, es muy justo; y así, perdonad si por serviros algo de vuestro agrado me acojo, á buen seguro de tema que no tiene quiebras ni ofrece para mí fatiga alguna, que en buena compañía voy á ir con el Maestro León.

Pude haber rebuscado en algunos libros viejos

que hubieran podido hacerme decir cosas nuevas, y aun haber comprado y saqueado alguna novísima publicación de las que dicen cosas muy añejas con aire doctoral y profético; pero (esto pase como una confidencia, que me guardaréis mientras yo viva) he aprendido á desconfiar algo de la sinceridad de los doctores, y á más, no vengo aquí á hacer una comedia, que mis oyentes son lince y me descubrirían el juego; y así, para que no os llaméis á engaño, me curo en salud y declaro que cuanto voy á deciros es sin aires de magisterio. Recibido como una conversación (quiera Dios os resulte amena), cuyo asunto es aquel libro admirable que escribió un maestro del buen vivir, del recto pensar y del elegante decir: *el egregio Fr. Luis de León*.

Me vais á perdonar que, para hacernos cargo de lo que el Maestro León significa como escritor *feminista* (¡Santo Dios, si Fr. Luis oyera esta palabreja!), perdonadme, digo, que sirvan de introducción unos escarceos históricos que lisa y llanamente y á vuelapluma voy á improvisar, para ponernos al tanto de lo que la literatura acerca de las mujeres había dado de sí hasta los días del profesor ilustre de la exvenerable escuela salmantina. Procuraré no hacerme fastidioso, y espero no serlo, porque no intento ser erudito; tranquilizáos: lo más que saldréis perdiendo es el tiempo que se ha de tardar en gustar las mieles del libro de nuestro

autor; pero ello llegará, y no tarde, puesto que la fortuna es buena.

Abrevio.

Cuando de corteses amadores hayáis oído hablar, no habrá faltado el nombre de aquel poeta italiano que cantó á Laura. En efecto; jamás mujer alguna fué por hombre colocada sobre pedestal más alto que aquel tallado prolijamente por el dulcísimo Petrarca, á la memoria de su amor primero. Beatriz, la que inspiró al poeta florentino, fué también inmortalizada por éste, es verdad; pero más místico el autor de *La Divina Comedia*, transformó su amor en el más puro ideal porque aspiraba su alma fervorosa, y así, cuando de Dios quiso contarnos sus vislumbres, abandona las cosas de aquí abajo, y en aquella mujer, lucecilla que cruzó en su camino, simboliza el único medio de poder darse cuenta de las maravillas divinas; porque Beatriz, purificada, ya no es mujer de este mundo: es la vía por donde la razón va hacia Dios, y es más que la razón misma: es la verdad; es el amor divino; es la *Teología*.

He aquí por qué para mi intento me place que recordéis más al primer poeta que no á Dante; y esto de primero sea con relación á como aquí los he citado, invirtiendo el orden cronológico.

Pues bien; mientras Petrarca, como hombre, nos dijo tan bellas cosas de la mujer, otro italiano (que

por aquellos días del siglo XIV los grandes poetas se dieron en Italia) tuvo tiempo para todo: para celebrar los méritos de las damas en un libro que acerca de las mujeres ilustres compuso, todo él muy apologético, muy concienzudo, y, como de hombre docto, que lo era el señor Boccaccio, para los entendidos en la sabia lengua latina. Mas al hablar yo de Boccaccio, algunas de vosotras habréis tenido un guiño picaresco, porque el nombrecito tiene un dejo algo picante. No lo sabéis bien; y es no poca gloria nuestra el asegurarnos que en España podéis contar por parejas los escritores que honraron á las damas imitando la primera labor del italiano; mas no podréis (en buena hora lo diga para lo futuro también) hallar ni uno que le siguiese de lejos ni de cerca en aquel libelo escandaloso, pecado mortal que con otros, tampoco veniales, hubo de purgar con el alma dolorida, y al cual llamó *Il Corbaccio ó Laberinto d' Amore*.

De los que gallardamente protestaron contra el *Laberinto d' Amore*, fué, y no el primero, un gentil trovador, Juan Rodríguez de la Cámara, que compuso un erudito libro titulado el *Triunfo de las donas*; mas no pudo poner acentos de sincera apología en sus palabras el hombre que, al enaltecer los méritos de las mujeres, no podía encontrar entre los de la bien amada aquel principalísimo de la limpia honestidad, y así su libro, retórico y pe-

dante, no es más que hijo de un buen deseo, en que noble y estérilmente se purificaba aquel *siervo, víctima de amor* culpable. Al fin y al cabo, no podía esperarse más esforzado paladín de quien á servidumbre humillante se sometía; pues bien es cierto que nunca las altas empresas pueden llevarse á término por quien á la esclavitud se aviene.

Y aún si miramos á lo hondo, en aquel otro libro de aquel clérigo poco cortés, á quien llamaron Alonso Martínez de Toledo, y se inmortalizó con el título del cargo canónico que desempeñara, de Arcipreste de Talavera, á pesar de todos los resquemores de sus burlas y de sus sátiras acerbas, bien podemos convenir en que por los defectos que éste censura en su libro, como propios de algunas mujeres de su tiempo, quédansele en el cuerpo los grandes elogios que le merecen aquellas damas que no los tuvieran. No se trata de un libro contra el de Boccaccio, ni de un alegato en pro de la cínica desenvoltura con que el italiano quiso desprestigiar á las mujeres todas, porque una sola le ultrajó. Es la obra castellana dura y amarga medicina impuesta por médico poco piadoso con las lacerias de sus enfermos. Acude el Arcipreste á las heridas, pero para curarlas ahonda y desgarras en ellas, recreándose ante cada una con la delectación de cirujano que sorprende un caso interesante, con afición tan decidida por su ciencia, que si el dato clínico no se presentara en paciente

carne extraña, pediría al cielo fuesen los propios miembros atacados del mal canceroso, para poder observarle hora tras hora y aplicar á él áspero cauterio, con sonrisa de domador ante la fiera sometida.

Pudo corregir sin avergonzar ¡que en esto va el secreto de una corrección provechosa! Para nada que fuese mostrar su talento y donaire, hacía falta que nos descubriese los gabinetes, tocadores y cofres de sus contemporáneas, aquellas que de libros de devoción tan parcas anduvieron, “como bien abastecidas de canciones, decires, coplas, cartas de enamorados é otras muchas locuras,” (1).

Muy cierto que él mismo se acusa de su locuacidad indiscreta y, aunque no con justo derecho á ser creído, dice: “Non lo digo porque lo fagan... mas dígolo porque sepan que se saben los sus secretos y poridades;,” y tal afirmación una y otra vez consignada nos da base para el supuesto de que el cáustico Arcipreste, bien que por caminos descarriados, se ocupó de elogiar á la mujer, siempre que se advierta que la no loca, la prudente, es en todo opuesta á las que desfilan por el gracioso cuadro de costumbres del siglo XV.

Digamos, pues, que ni aun con este libro prendió

(1) *Corvacho ó Reprobación del Amor Mundano*; edición de BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES, por Pérez Pastor, pág. 132.

en España la simiente que lanzó Boccaccio en momento fatal, pero el *Laberinto d'Amore* era aquí leído más de la cuenta; y esta región bendita de los amplios horizontes, de las llanuras donde los ojos pueden mirar allá á lo lejos, hacia donde surge la más fiel encarnación del ideal, á aquel punto donde la tierra se confunde con el cielo, no podía menos de ver levantarse al bravo paladín que rompiera lanza en este torneo de toda gentileza para defender la leyenda del buen caballero contra todo malsín. ¿Y sabéis quién será el campeón que en este singular, *paso honroso*, desafia á todo fementido calumniador de las virtuosas mujeres? Ese caballero tiene un nombre, que es Castilla entera, es la voz de la raza que lanza el reto, es el el más grande de los hombres de su tiempo, bravo en las duras peleas contra moros y traidores, rendido y gentil ante la virtud femenina, sabe Dios si movido en el fondo de su alma por tristes añoranzas, por anhelos del corazón juvenil, que echó de menos en la propia madre virtudes con que hubiera querido rodear la santa memoria de aquella dama, madre del propio esforzado caballero que ciñó la espada más temida en los días del rey D. Juan y escribió con la pluma más cortés de aquellos tiempos.

Ya sabéis todos que hablo de D. Alvaro de Luna, el mayor señor, sin corona, que conoció el mundo; aquel que alcanzó todo honor y grandeza, toda

prosperidad y bienandanza, á la cual sucedieron las más crueles desventuras, haciendo verdad en otra ocasión el dicho del maestro de historiadores: “imposible es no caiga el poderoso á quien recientes y antiguos odios acosan.” (1)

Este gran hombre escribió su famoso libro de las *Claras e virtuosas mugeres*; presumo yo que la defensa fué algo más retórica y erudita de lo que el autor deseaba, por aquellos dejos de amargura que dejó en su boca de niño el mercenario sustento á que su nacimiento le condenara; el hombre, el grande hombre, hubo de romper su pluma cuando para hallar razones en que apoyar su apología, no podía sin humillación mirar las damas de su tiempo. Calla, pues, discretamente el Condestable y se contenta con haber presentado como modelos en los cuales puede encontrarse el de la mujer fuerte del Evangelio, á las del Antiguo Testamento, las santas del Martirologio y las heroínas de los tiempos griegos y latinos.

Él ha cumplido su misión, y con exceso. Cual correspondía al hidalgo caballero, véncese á sí mismo; olvida las propias ofensas, quizá la única que jamás había merecido, aquella que el rey Don Juan había intentado reparar con la legitimación que hizo á favor de su valido en los días felices de 1427; y el libro de las *Claras e virtuosas mu-*

(1) C. Tácito.

geres, es breviario donde los nuevos hombres del siglo XV podrán aprender en qué se funda la razón del homenaje que Alvaro de Luna pide para las damas.

Y he aquí que dos personajes que en aquellos días se odiaron á muerte, el romancesco Condestable y el aventurero Diego de Valera, coinciden en un punto: este hombre que llevó en la punta de su espada las primeras razones con que España había de asombrar á Europa, llega á Castilla, de sus largas peregrinaciones medio heroicas, medio truhanescas, y emprende nuevas campañas, que para él *es descanso el pelear*.

Cuando su brazo daba huelga á la espada y tomaba en su mano la pluma, no temblaban menos los cortesanos de Don Juan y Don Enrique que habían gemido los husitas de Bohemia ante el brío de su genio militar. Y no obstante, el díscolo y formidable aventurero encuentra horas de paz en sus andanzas, y descontento de tanto caminar por la aspereza, busca el descanso y el sosiego meditando un libro que escribió, fogoso y vibrante, en *Defensa de virtuosas mujeres*,

Ante esos paladines, turbulentos y bravíos, que llegan á producir obras como éstas, tan espirituales y sentidas, pienso siempre en aquel afán con que el hombre busca ese remanso de la paz donde el alma, como el acero después de haberse enrojecido á los golpes del vivir, témplase en el

tibio frescor del bálsamo que el amor sereno deja caer gota á gota sobre ella. Y las palabras de Fray Luis acuden á mi memoria: "Crió Dios á las
„mujeres, no para que sean rocas donde quiebren
„los maridos y hagan naufragio las haciendas y
„vidas, sino para puertos deseados y seguros en
„que, viniendo á sus casas, reposen y se rehagan
„de las tormentas de negocios pesadísimos que co-
„rren fuera dellas. Y así como sería cosa lastime-
„ra si aconteciese á un mercader que, después de
„haber padescido navegando grandes fortunas, y
„después de haber doblado muchas puntas, y ven-
„cido muchas corrientes, y navegado por muchos
„lugares no navegados y peligrosos, habiéndole
„Dios librado de todos y viniendo ya con su nave
„entera y rica, y él gozoso y alegre, para descan-
„sar en el puerto, quebrase en él y se anegase, así
„es lamentable miseria la de los hombres que bra-
„cean y forcejean todos los días contra las corrien-
„tes de los trabajos y fortunas desta vida, y se va-
„dean en ellas, y en el puerto de sus casas perecen;
„y les es la guarda, destrucción. y el alivio, mayor
„cuidado, y el sosiego, olas de tempestad, y el se-
„guro y el abrigo, Scila y Caribdis y peñasco ás-
„pero y duro. Por donde lo justo y lo natural es
„que cada uno sea aquello mismo para que es, y
„que la guarda sea guarda, y el descanso, paz, y
„el puerto, seguridad, y la mujer, dulce y perpe-
„tuo refrigerio, y alegría de corazón, y como un

„halago blando que continuamente esté trayendo
 „la mano y emollecendo el pecho de su marido,
 „y borrando los cuidados dél, y como dice Salo-
 „món: *Hále de pagar bien y no mal todos los días*
 „*de su vida.*„

Y tan necesitados nos vemos los hombres, hoy como ayer, de ese puerto donde descansar el alma, que cuando de nuestros viajes (travesías donde la tempestad no suele tener bonanzas duraderas), volvemos vencedores ó maltrechos, se acoge nuestro bajel al abrigo de quien, madre, hermana ó vida de nuestros hijos, es la santa confidente ante la cual aplausos, desdenes, alegrías y aflicciones truécense en zarza florida, ya que no pueda cambiar cada espina que traemos en rosa de oro para premio de galanes y poetas.

¡Cuán sentidamente lo dijo uno muy hombre que supo muy bien de estas glorias de la vida y todas las juzgó nonada ante la posesión...!

Pero oíd al poeta cómo nos lo dice *al oído*; que estos secretillos de los hombres, en voz que no escandalice á los necios, se han de murmurar:

Déjame penetrar por este oído,
 Camino de mi bien el más derecho,
 Y en el rincón más hondo de tu pecho
 Deja que labre mi amoroso nido.

Feliz eternamente y escondido,
 Viviré de ocuparle satisfecho...

¡De tantos mundos como Dios ha hecho,
Este espacio no más á Dios le pido!
Ya no codicio fama dilatada,
Ni el aplauso que sigue á la victoria,
Ni la gloria de tantos codiciada...
Quiero cifrar mi fama en tu memoria;
Quiero encontrar mi aplauso en tu mirada;
Y en tus brazos de amor, toda mi gloria. (1)

Así me imagino yo á esos dos hombres que escribieron libros tan semejantes. Nada en la vida les pudo hacer aproximarse; sólo un sentimiento que estaba en ellos puesto por el dedo de Dios les hizo pronunciar las mismas palabras. Palabras de soldados, palabras de hombres que habían vivido mucho, que habían gustado el vino del placer en muchas copas...; pensamientos y sentir de pechos castellanos. ¡Castilla hidalga, defendiendo á la mujer y cruzándose para las empresas de andantes caballerías, que ella iba á escribir con la punta de su espada victoriosa!

Los días de los bellos sueños alboreaban ya; y aunque en ese dulcísimo soñar cometimos algunas torpezas, y, como es de rigor cuando sólo la fantasía forja ídolos á su talante, fuimos algo lejos en nuestra gallarda empresa hasta empeñarnos en que las mozas de partido que veía Don Quijote

(1) Adelardo López de Ayala.

TESTAMENTARIA
DE
D. JOSE M.^a VICARIO

fueran princesas esclarecidas por todas las virtudes, decidme, ¿no era ese error más digno de varones que el nefando crimen que, ahora en vida más positiva, cometemos imaginando (en sueño digno de ser condenado por el poeta altísimo) que toda clara é virtuosa muger es ramo puesto á entrada de mesón?

Perdonad, que he ido algo lejos.

Quiero volver á mi asunto; el siglo XV tiene, como veis, famosos campeones del honor femenino, quizá algo abstractos, demasiado imaginativos, y ya diré por qué; mas no dudemos; lo que está en período heroico, se hará práctico de las dos maneras que se hacen prácticos los ideales de la vida: por lograr

esto que tienen de arcilla,
esto que tienen de Dios.

La arcilla podéis buscarla en nuestra novela picaresca, que con ese barro podrían hacer ánforas etruscas otros pueblos; lo que el ideal tenía de divino engendrará una literatura frondosísima que inauguran hombres piadosos como Fr. Martín de Córdoba y otros que mirarán al mismo punto, y como muy avisados, pensarán que para que la mujer sea *clara e virtuosa*, luz de limpieza y razón bien ordenada, es menester que en la edad juvenil

sepa lo que Juan Ruiz, burla burlando, consignó en su libro inmortal: (1)

De fabla chica dañosa, guárdese muger falaguera,
Que de un grano de agraz se face mucha dentera.

Fr. Martín pretenderá en su *Verjel de nobles doncellas* hacer llegar éstas á los más altos destinos, y ese libro estimable vendrá á ser la guía espiritual de la juventud de aquel tiempo. Al comenzar el siglo XVI aparece en España un egregio escritor que, viviendo en días en los cuales era difícil brillar en esta tierra, porque lo era de gentes muy bien dotadas de claros y penetrantes ojos, sin embargo, puede reputársele como rey de nuestros ascéticos: el Beato Juan de Avila. Este varón piadosísimo puso todos sus amores de fervoroso apóstol, y todos sus aciertos de vigoroso artista, en un libro que dedicó á guiar la viudez de aquella santa y nobilísima señora Doña Sancha Carrillo.

Era el siglo XVI, época de las más arduas empresas; Alonso Quijano, el Bueno, había nacido ya, y en su mente bullían los altivos y generosos sentimientos, y acaso aceptaba también las duras expiaciones que iban á ser el pago de sus denodadas aventuras.

No extrañéis, por tanto, que aquellos hombres

(1) *Libro de Buen Amor.*

que más dentro de sí llevaban algo de lo que al fin y á la postre alentaba en lo íntimo del alma del hidalgo manchego, no se contentaran en las cosas de aquí abajo, aunque fuesen enderezadas á recto fin; había que aspirar á más alto empeño, y aceptar el camino más áspero y difícil, si era el que con más derechura llevaba al ideal. Así, los libros que del vivir cristiano de la mujer se ocupan, serán en este siglo alimento de almas escogidas; sólo el mismo P. Avila en algunas *cartas* mirará, por no saber negar su consejo á nadie, á la mujer casada y le prestará apoyo en la vía del buen vivir; pero así, de paso, que á más alta perfección aspira el autor de *Audi, filia*. Un sabio, el mayor filósofo de aquellos días, Luis Vives, atenderá también á este punto; pero en una obra que no podía vulgarizarse por estar escrita en latín: *De institutione femine christianæ*.

Llegamos al maestro Fr. Luis de León.

En el camino andado hemos visto cómo poetas y caballeros, escritores de costumbres y maestros de la vida espiritual se ocuparon de la mujer para enaltecerla, cada cual desde un punto de vista. El doliente trovador, más cortesano que poeta, hace de la retórica un trono para la majestad femenina; los caballeros que sabían de combates y aventuras, los que en sus altas empresas fueron traicionados por los hombres y acosados por la envidia, y sólo

encontraron descanso para su agitado vivir al lado de la mujer leal y enamorada, cantan las excelencias de aquella á la cual hallaron “toda ella y por todas partes cercada y como vestida de un valor agraciado y de una gracia valerosa,, (1) que al hombre alienta y sostiene.

Los otros, los que á lo más excelente miraron, cuidan de guiar á las vírgenes por caminos bordeados de azucenas, y con guantelete de hierro apartan las espinas donde el velo de alburas místicas puede quedar prendido; algunos, como el P. Ávila, á las que lloran perdida felicidad, anima y conforta para que aquella bienandanza que feneció en medio del camino de la vida no se haga vía de amargura y pesadumbre, sino ruta meritoria y esperanzada.

Quedaba algo á lo cual nuestros educadores no habían mirado todavía, y sin embargo se echaba de menos al consejero que hablase acerca de “las leyes y condiciones del estado del matrimonio, y de la estrecha obligación que corre á la casada de emplearse en el cumplimiento de ellas,, (2).

Acaso los respetos guardados á la familia se juzgaban completa salvaguardia donde no era menester avisos y cuidados; sin embargo, aquel hombre, á quien el confesonario había hecho verdade-

(1) Fr. Luis, cap. XV.

(2) Véase Introducción de *La Perfecta Casada*.

ro médico de las almas, escribe á doña María Varela Osorio (1): "Este nuevo estado en que Dios ha
„puesto á vuesa merced, sujetándola á las leyes
„del santo matrimonio, aunque es como camino
„real, más abierto y menos trabajoso que otros,
„pero no carece de sus dificultades y malos pasos,
„y es camino adonde se estropeiza también y se
„peligra y se yerra, y que tiene necesidad de guía
„como los demás. Porque el servir al marido, y el
„gobernar la familia, y la crianza de los hijos, y la
„cuenta que juntamente con esto se debe al temor
„de Dios, y la guarda y limpieza de la conciencia
„(todo lo cual pertenece al estado y oficio de la
„mujer que se casa), obras son que cada una de por
„sí pide mucho cuidado, y que todas juntas, sin
„particular favor del cielo, no se pueden cumplir.
„En lo cual se engañan muchas mujeres, que pien-
„san que el casarse no es más que dejar la casa del
„padre y pasarse á la del marido, y salir de servi-
„dumbre y venir á libertad y regalo.,,

“Y dado que el buen juicio de vuesa merced y la
„inclinación á toda virtud de que Dios la dotó me
„aseguran para no temer que será como alguna de
„éstas que digo, todavía el entrañable amor que la
„tengo y el deseo de su bien que arde en mí, me
„despiertan para que la provea de algún aviso y
„para que le busque y encienda alguna luz que, sin

(1) Epígrafe de la Introducción.

„engaño ni error, alumbre y enderece sus pasos
„por todos los malos de este camino y por todas
„las vueltas y rodeos dél. Y como suelen los que
„han hecho una larga navegación, ó los que han
„peregrinado por lugares extraños, que á sus
„amigos, los que quieren emprender la misma na-
„vegación y camino, antes que lo comiencen y an-
„tes que partan de sus casas, con diligencia y cui-
„dado les dicen menudamente los lugares por don-
„de han de pasar y las cosas de que se han de
„guardar, y los aperciben de todo aquello que en-
„tienden les será necesario, así yo, en esta jornada
„que tiene vuesa merced comenzada, le enseñaré,
„no lo que me enseñó á mí la experiencia pasada,
„porque es ajeno de mi profesión, sino lo que he
„aprendido en las sagradas letras, que es enseñan-
„za del Espíritu Santo.”

Por otra parte, la mujer casada en nuestros tiempos del siglo de oro continuaba siendo respetada como en ningún otro lugar de Europa lo había sido, no hay más que pensar en los cuentos italianos y franceses. Y estos prestigios debía tenerlos bien ganados, puesto que hasta esa fecha no constan documentos, por lo menos en gran número, que á ella se dirijan, intentando su educación ó perfeccionamiento.

Y si esta conjetura es exacta, mirad lo que el maestro León dice respecto al concepto que la mujer casada le merece, y que basta para confir-

mar el por qué de la escasez de libros piadosos á ella especialmente dirigidos: “El ser honesta una „mujer no se cuenta, ni debe contar, entre las partes de que esta perfección se compone, sino antes „es como el sujeto sobre el cual todo este edificio „se funda, y para decirlo en una palabra, es como „el sér y la sustancia de la casada, porque si no „tiene esto, no es ya mujer, sino vilísimo cieno, y „la más hedionda de todas (las criaturas) y la más „despreciada. Y como en el hombre, sér dotado de „entendimiento y razón, no pone en él loa, porque „tenerlo es su propia naturaleza; mas si le faltase „por caso, el faltarle pondría en él mengua grandísima, así la mujer no es tan loable por ser honesta cuanto es torpe y abominable si no lo es. De „manera que el Espíritu Santo, en este lugar, no „dice á la mujer que sea honesta, sino presupone „que ya lo es, y.....

“Quiere que este negocio de honestidad y limpieza lo tengan las mujeres tan asentado en su „pecho, que ni aun piensen que puede ser lo contrario, y como dicen de Solón, el que dió leyes á „los atenienses, que señalando para cada maleficio „sus penas, no puso castigo para el que diese muerte á su padre, ni hizo memoria de este delito, porque dijo que no convenía que tuviesen por posible „los hombres, ni por aconcedero, un mal semejante, así por la misma razón no trata aquí Dios „con la casada que sea honesta y fiel, porque no

„quiere que le pase aun por la imaginación que
„es posible ser mala. Porque si va á decir la ver-
„dad, ramo de deshonestidad es en la mujer casta
„el pensar que puede no serlo, ó que en no serlo
„hace algo que le deba ser agradecido. Que como
„á las aves les es naturaleza el volar, así las casa-
„das han de tener por dote natural, en que no pue-
„de haber quiebra, el ser buenas y honestas, y han
„de estar persuadidas que lo contrario es suceso
„aborrescible y desventurado, y hecho monstruo-
„so, ó por mejor decir, no han de imaginar que
„puede suceder lo contrario, más que ser el fuego
„frío ó la nieve caliente, entendiendo que el que-
„brar la mujer á su marido la fe, es perder las
„estrellas su luz, y caerse los cielos, y quebrantar
„sus leyes la naturaleza, y volverse todo en aque-
„lla confusión antigua y primera.”

Mas al fin, si sobre este punto no insiste el Maes-
tro, su gran sentido práctico le indujo á pensar en
cuán conveniente sería un manual donde se avisa-
se á las casadas de cuáles eran sus obligaciones;
claro es que siempre, opinamos nosotros, y cuando
ya se trata de detalles, teniendo en cuenta el cam-
biar de los tiempos en lo que es accidental.

He aquí, pues, cómo Fr. Luis de León, aquel mo-
delo de consejeros, aquella inteligencia, poderosa,
aquel corazón cuyos impulsos habíanse serenado
en los amargos días de la persecución injusta, él,
místico, como el mayor místico, y perspicaz como

gran conocedor de la vida, pensó, cuando la ilustre Sra. Doña María Varela Osorio se casaba, que podía serle muy útil un libro á ella destinado, donde se comentasen aquellas razones de los *Proverbios*:
“Porque este estado es el primero y más antiguo
„de todos los estados, y sabemos que es vivienda
„no inventada después que nuestra naturaleza se
„corrompió por el pecado y fué condenada á la
„muerte, sino ordenada luego en el principio,
„cuando estaban los hombres bienaventuradamen-
„te perfectos en el Paraíso.”

Por otro lado, el culto que durante la Edad Media se rindió á la mujer habia ya tenido todos los períodos que las ideas han de sufrir para ir haciéndose adecuadas á la vida. Los pueblos impetuosos, apenas educados por el Cristianismo y sin comprender claramente su doctrina, asocian á sus empresas caballerescas una más; la de que ellos, que todos aspiraban á ser reyes, fueran tributarios de la soberanía del Amor. Los santos y los místicos del siglo teológico buscan el ideal separado de toda cosa terrenal y cantan á la Virgen María con mieles de San Bernardo, ó fervores de San Buenaventura, ó fogosas palabras de Scoto. Los trovadores ponen la mira demasiado por los suelos y cantan á la mujer con alaridos de un Pedro Vidal, ó poetizan leyendas antiguas donde Tristán é Iseo lloran sus desventuras.

Los altos poetas que mencioné ya, los del siglo XV, refinan el amor profano, y á veces profanan el amor divino, por boca del Petrarca y de nuestro Ausias March; y cuando aquel periodo poético de los trovadores, y ese otro heroico de los libros de caballerias, y el semi-místico, semi-sensual de los renacentistas va pasando, y cuando en pueblos donde menos entendieron de honrada cortesania con las damas, hubo quien infamó su pluma injuriando á la mujer; en España, caballeros, poetas y moralistas, aun los más ariscos, son defensores y paladines de las *claras e virtuosas mugeres*, y consideran esta vida como vergel de nobles doncellas donde el Amado elige las esposas.

Mas el período heroico iba pasando también; llegábamos á los linderos de los *camino reales*, que nos dice Fr. Luis de León, y aunque vivirá lozana una literatura didáctica para las vírgenes, que tiene su más alta representación en la insigne Teresa de Jesús, aquella singular mujer, aquella Santa heroína, que fué la caridad hecha carne, las altas empresas convertidas en realidad, la virtud andando á sus anchas, ni remilgada ni hurañera, en la mujer española, cuando la mujer era juzgada fuera de España como incapaz para otros destinos que no fuesen los de adulada por gentil ó liviana é intrigante por ambiciosa; aunque el P. Avila y Luis Vives se ocupan en tal empresa, un sólo hombre incorpora á nuestra literatura el libro

para la mujer casada. Es decir, el período heroico se transforma por el insigne Fr. Luis en el práctico, se humaniza, para que sepamos que también “el servir al marido y al gobernar la familia y la crianza de los hijos... obras son que cada una de por sí pide mucho cuidado.”

Y así, tomando por base el último capítulo de los *Proverbios* de Salomón, pinta acabadamente una virtuosa casada con todos sus colores y partes: “Para que las que lo pretenden ser (y débenlo pretender todas las que se casan) se miren en ella „como en un espejo clarísimo y se avisen, mirándose allí, de aquello que les conviene para hacer „lo que deben. Y así, conforme á lo que suelen hacer los que saben de pintura, y muestran algunas „imágenes de excelente labor á los que no entienden tanto del arte, que les señalan los lejos y lo „que está pintado como cercano, y les declaran las „luces y las sombras y la fuerza del escorzado, y „con la destreza de las palabras hacen que lo que „en la tabla parecía estar muerto, viva ya y casi „bulla y se mueva en los ojos de los que lo miran, ni más ni menos, mi oficio en esto que escribo será presentar á vuesa merced esta imagen „que he hecho, labrada por Dios, y ponérsela delante la vista y señalarle con las palabras, como „con el dedo, cuanto en mí fuere, sus hermosas „figuras con todas sus perfecciones, y hacerle „que vea claro lo que con grandísimo artificio el

„saber y mano de Dios puso en ella encubierto.”

„Porque como en cualquier otro negocio y oficio
„que se pretende, para salir bien con él son nece-
„sarias dos cosas: la una, el saber lo que es, y las
„condiciones que tiene, y aquello en que principal-
„mente consiste, y la otra el tenerle verdadera
„afición, así en esto que vamos tratando, primero
„que hablemos con el entendimiento y le descubra-
„mos lo que este oficio es con todas sus cualidades
„y partes, convendrá que inclinemos la voluntad á
„que ame el saberlas, y á que, sabidas, se quiera
„aplicar á ellas. En lo cual no pienso gastar mu-
„chas palabras, ni para con vuesa merced, que es
„de su natural inclinada á bueno, será menester,
„porque al que teme á Dios, para que desee y pro-
„cure satisfacer á su estado, bástale saber que
„Dios se lo manda, y que lo propio y particular
„que pide á cada uno es que responda á las obliga-
„ciones de su oficio cumpliendo con la suerte que
„le ha cabido, y que si en esto falta, aunque en
„otras cosas se adelante y señale, le ofende. Por-
„que como en la guerra el soldado que desampara
„su puesto no cumple con su capitán, aunque en
„otras cosas le sirva; y como en la comedia silban
„los miradores (1) al que es malo en la persona que
„representa, aunque en la suya sea muy bueno, así
„los hombres que se descuidan de sus oficios, aun-

(1) Espectadores.

„que en otras virtudes sean cuidadosos, no conten-
„tan á Dios. ¿Tendría vuesa merced por su cocine-
„ro y daríale su salario al que no supiese salar una
„olla y tocase bien un discante? (1). Pues así no
„quiere Dios en su casa al que no hace el oficio en
„que le pone. Dice Cristo en el Evangelio que
„cada uno tome su cruz (2); no dice que tome la
„ajena, sino manda que cada uno se cargue de la
„suya propia. No quiere que la religiosa se olvide
„de lo que debe al ser religiosa y se cargue de los
„cuidados de la casada, ni le place que la casada
„se olvide del oficio de su casa y se torne monja.
„El casado agrada á Dios en ser buen casado, y en
„ser buen religioso el fraile, y el mercader en ha-
„cer debidamente su oficio, y aun el soldado sirve
„á Dios en mostrar en los tiempos debidos su es-
„fuerzo y en contentarse con su sueldo, como lo
„dice San Juan (3). Y la cruz que cada uno ha de
„llevar y por donde ha de llegar á juntarse con
„Cristo, propiamente es la obligación y la carga
„que cada uno tiene por razón del estado en que
„vive. Y quien cumple con ella, cumple con Dios,
„y sale con su intento, y queda honrado é ilustre,
„y como por el trabajo de la cruz alcanza el des-
„canso que merece. Mas al revés, quien no cumple:

(1) Especie de guitarra pequeña ó bandurria.

(2) Luc., cap. XIV, vers. 27.

(3) S. Joan., cap. III, vers. 14.

„con esto, aunque trabaje mucho en cumplir con
„los oficios que él se toma por su voluntad, pierde
„el trabajo y las gracias. Mas es la ceguedad de
„los hombres tan miserable y tan grande, que con
„no haber duda en esta verdad, como si fuera al
„revés, y como si nos fuera vedado el satisfacer á
„nuestros oficios y el ser aquellos mismos que pro-
„fesamos ser, así tenemos enemistad con ellos, y
„huimos dellos, y metemos todas las velas de nues-
„tra industria y cuidado en hacer los ajenos. Por-
„que verá vuesa merced algunas personas de pro-
„fesión religiosa que, como si fuesen casadas, todo
„su cuidado es gobernar las casas de sus deudos ó
„de otras personas que ellas por su voluntad han
„tomado á su cargo; y que si se recibe ó se despide
„al criado, ha de ser por mano dellas, y si se al-
„fombra la casa en invierno, lo mandan ellas pri-
„mero. Y por el contrario, en las casadas hay otras
„que, como si sus casas fuesen de sus vecinas, así
„se descuidan dellas, y toda su vida es el oratorio,
„y el devocionario, y el calentar el suelo de la
„iglesia tarde y mañana, y piérdese entre tanto la
„moza, y cobra malos siniestros la hija, y la ha-
„cienda se hunde, y vuélvese demonio el marido.
„Y si el seguir lo que no son les costase menos tra-
„bajo que el cumplir con aquello que deben ser,
„tendrían éstas algún color de disculpa; ó si ha-
„biéndose desvelado mucho en aquesto que esco-
„gen por su querer, saliesen perfectamente con

„ello, era consuelo en alguna manera; pero es al
„revés, que ni el religioso, aunque más trabaje,
„gobernará como se debe la vida del hombre ca-
„sado, ni jamás el casado llegará á aquello que es
„ser religioso..”

“Porque á la verdad, cuando no hubiera otra
„cosa que inclinara la casada á hacer el deber, si
„no es la paz y sosiego y gran bien que en esta
„vida sacan é interesan las buenas de serlo, esto
„sólo bastaba. Porque sabida cosa es que cuando
„la mujer asiste á su oficio, el marido la ama, y la
„familia anda en concierto, y aprenden virtud los
„hijos, y la paz reina, y la hacienda cresce. Y
„como la luna llena en las noches serenas se goza
„rodeada y como acompañada de clarísimas lum-
„bres, las cuales todas parece que avivan sus lu-
„ces en ella, y que la remiran y reverencian, así
„la buena en su casa reina y resplandece, y con-
„vierte á sí juntamente los ojos y los corazones de
„todos, El descanso y la seguridad la acompañan
„adondequiera que endereza sus pasos, y á cual-
„quiera parte que mira encuentra con la alegría y
„con el gozo; porque si pone en el marido los ojos,
„descansa en su amor; si los vuelve á sus hijos, alé-
„grase con su virtud; halla en los criados bueno y
„fiel servicio, y en la hacienda provecho y acre-
„centamiento, y todo le es gustoso y alegre; como
„al contrario, á la que es mala casera todo se le
„convierte en amarguras, como se puede ver por

„infinitos ejemplos.....”

“Ello es así, que no hay cosa más rica ni más feliz que la buena mujer, ni peor ni más desastrada que la casada que no lo es; y lo uno y lo otro nos enseña la Sagrada Escritura. De la buena dice así: “El marido de la mujer buena es dichoso, y vivirá doblados días; y la mujer de valor pone en su marido descanso y cerrará los años de su vida con paz. La mujer buena es suerte buena, y como premio de los que temen á Dios, la dará Dios al hombre por sus buenas obras (1). El bien de la mujer diligente deleitará á su marido, é hinchará de grosura sus huesos. *Don grande de Dios es el trato bueno suyo* (2); *bien sobre bien, y hermosura sobre hermosura es una mujer que es santa y honesta. Como el sol que nace parece en las alturas del cielo, así el rostro de la buena adorna y hermosea su casa,* (3).

He aquí un cuadro de felicidad doméstica en el cual Fr. Luis da la primera figura á la mujer, y quizá acierte. Lope de Vega no hizo tampoco otra cosa cuando nos pintó la ventura de aquellos amores aldeanos de Peribáñez, página de las más hermosas y admirables de todas las literaturas europeas.

(1) *Ecclesiast.*, cap. XXVI, vers. 1, 2, 3.

(2) *Ibid.*, vers. 16, 17.

(3) *Ibid.*, vers. 19, 21.

Casilda era, en efecto, una perfecta casada, como Fr. Luis exigía. Oid, si no:

Cuando se muestra el lucero,
Viene del campo mi esposo,
De su cena deseoso:
Siéntele el alma primero,
Y salgo abrille la puerta,
Arrojando el almohadilla,
Que siempre tengo en la silla
Quien mis labores concierta.
Él de la mula se arroja,
Y yo me arrojo en sus brazos;
Tal vez de nuestros abrazos
La bestia hambrienta se enoja,
Y sintiéndola gruñir,
Dice: "En dándole la cena
Al ganado, cara buena,
Volverá Pedro á salir.,"
Mientras él paja los echa,
Ir por cebada me manda;
Yo la traigo, él la zaranda,
Y deja la que aprovecha.
Revuélvela en el pesebre,
Y allí me vuelve á abrazar;
Que no hay tan bajo lugar
Que el amor no lo celebre.
Salimos donde ya está
Dándonos voces la olla,
Porque el ajo y la cebolla,
Fuera del olor que da
Por toda nuestra cocina,
Tocan á la cobertera

El villano (1), de manera
 Que á bailalle nos inclina.
 Sácola en limpios manteles,
 No en plata, aunque yo quisiera,
 Platos son de Talavera,
 Que están vertiendo claveles.
 Abáhole su escudilla
 De sopas con tal primor,
 Que no la come mejor
 El señor de muesa villa;
 Y él lo paga, porque á fe,
 Que apenas bocado toma,
 De que, como á su paloma,
 Lo que es mejor no me dé.
 Bebe y deja la mitad,
 Bébole las fuerzas yo,
 Traigo olivas, y si no,
 Es postre la voluntad.
 Acabada la comida,
 Puestas las manos los dos,
 Dámosle gracias á Dios
 Por la merced recibida;
 Y vámonos á acostar,
 Donde le pesa á la aurora
 Cuando se llega la hora
 De venirnos á llamar.

No creáis que estos entusiasmos de la inocente y honesta Casilda pudieran sonar mal en oído del maestro León, no; que él bien sabe que una mujer así, todo ese amor de su marido merece: "A la bue-

(1) Un antiguo baile español.

„na mujer su familia la reverencia, y sus hijos la
„aman, y su marido la adora, y los vecinos la ben-
„dicen, y los presentes y los venideros la alaban y
„ensalzan. Y á la verdad, si hay debajo de la luna
„cosa que merezca ser estimada y preciada, es la
„mujer buena; y en comparación della el sol mis-
„mo no luce, y son oscuras las estrellas; y no sé yo
„joya de valor ni de loor que ansí levante y her-
„mosee con claridad y resplandor á los hombres,
„como es aquel tesoro de inmortales bienes de ho-
„nestidad, de dulzura, de fe, de verdad, de amor,
„de piedad y regalo, de gozo y de paz, que encie-
„rra y contiene en sí una buena mujer cuando se
„la da por compañera su buena dicha.,,

Y aún más, algo que en el libro no ha de decir
él con palabras profanas, pero bien se echa de ver
en aquella obligación de que advierte á los hom-
bres cuando escribe: “AUNQUE ES VERDAD QUE LA
„NATURALEZA Y ESTADO PONE OBLIGACIÓN EN LA
„CASADA, COMO DECIMOS, DE MIRAR POR SU CASA Y
„DE ALEGRAR Y DESCUIDAR CONTINUAMENTE Á SU
„MARIDO, DE LA CUAL NINGUNA MALA CONDICIÓN DÉL
„LA DESOBLIGA, PERO NO POR ESO HAN DE PENSAR
„ELLOS QUE TIENEN LICENCIA PARA SERLES LEONES
„Y PARA HACERLAS ESCLAVAS; ANTES, COMO EN
„TODO LO DEMÁS, ES LA CABEZA EL HOMBRE; ASÍ, TODO
„ESTE TRATO AMOROSO Y HONROSO HA DE TENER PRIN-
„CIPIO DEL MARIDO. PORQUE HA DE ENTENDER QUE ES
„COMPAÑERA SUYA, Ó POR MEJOR DECIR, PARTE DE SU

„CUERPO, Y PARTE FLACA Y TIERNA, Y A QUIEN POR
 „EL MISMO CASO SE DEBE PARTICULAR CUIDADO Y RE-
 „GALO.“ Ese algo, podré decirlo yo aquí con pala-
 bras del mismo Lope de Vega. Como veréis, en la
 honrada familia de Peribáñez, es el marido el que
 en el *trato amoroso y honroso* con que se ha de ro-
 dear á la mujer, da el ejemplo que pide el gran
 Maestro de la vida honrada, Fr. Luis:

PERIBÁÑEZ. Casilda, mientras no puedas
 Excederme en afición,
 No con palabras me excedas.
 Toda esta villa de Ocaña
 Poner quisiera á tus pies,
 Y aun todo aquello que baña
 Tajo hasta ser portugués,
 Entrando en el mar de España.
 El olivar más cargado
 De aceitunas me parece
 Menos hermoso, y el prado
 Que por el mayo florece
 Sólo del alba pisado.
 No hay camuesa que se afeite (1)
 Que no te rinda ventaja,
 Ni rubio y dorado aceite
 Conservado en la tinaja,
 Que me cause más deleite;
 Ni el vino blanco imagino
 De cuarenta años tan fino
 Como tu boca olorosa;
 Que como al señor la rosa,

(1) Se adorne, se engalane, tenga hermoso color.

Le huele al villano el vino.
 Cepas que en diciembre arranco
 Y en octubre dulce mosto,
 Ni mayo de lluvias franco,
 Ni por los fines de agosto
 La parva de trigo blanco
 Igualan á ver presente
 En mi casa un bien, que ha sido
 Prevención más excelente
 Para el invierno aterido
 Y para el verano ardiente.
 Contigo, Casilda, tengo
 Cuanto puedo desear,
 Y sólo el pecho prevengo;
 En él te he dado lugar,
 Ya que á merecerte vengo,
 Vive en él; que si un villano
 Por la paz del alma es rey,
 Que tú eres reina, está llano,
 Ya porque es divina ley,
 Y ya por derecho humano.
 Reina, pues que tan dichosa
 Te hará el cielo, dulce esposa,
 Que te diga quien te vea:
 La ventura de la fea
 Pasóse á Casilda hermosa (1).

Y el idilio se completa con las palabras y ponderaciones que tienen perfume de honradez, aromas de los campos, luz de los cielos, alegría de con-

(1) Fundado en el refrán «La suerte de la fea, una hermosa la desea.»

ciencia tranquila, ternura de tórtola amante, esperanza risueña de una futura felicidad mayor:

CASILDA. Pues yo, ¿cómo te diré
 Lo menos que miro en ti
 Que lo más del alma fué?
 Jamás en el baile oí
 Són que me bullese el pie,
 Que tal placer me causase
 Cuando el tamboril sonase,
 Por más que el tamborilero
 Chillase con el garguero (1)
 Y con el palo tocase.
 En mañana de San Juan
 Nunca más placer me hicieron
 La verbena y arrayán,
 Ni los relinchos me dieron
 El que tus voces me dan.
 ¿Cuál adufe (2) bien templado,
 Cuál salterio (3) te ha igualado?
 ¿Cuál pendón de procesión,
 Con sus borlas y cordón,
 A tu sombrero chapado?
 No hay pies con zapatos nuevos
 Como agradan tus amores;
 Eres entre mil mancebos
 Hornazo en Pascua de Flores
 Con sus picos y sus huevos.
 Pareces en verde prado
 Toro bravo y rojo echado;

(1) Especie de gaita.

(2) Tambor.

(3) Puede ser una especie de arpa ó una flauta.

Pareces camisa nueva,
 Que entre jazmines se lleva
 En azafate dorado;
 Pareces cirio pascual
 Y mazapán de bautismo
 Con capillo de cendal,
 Y parécete á ti mismo
 Porque no tienes igual.

Y no extrañéis estos transportes; que marido y mujer perfectos han de estimarse el uno al otro de tal manera, como el mismo Espíritu Santo en los *Proverbios* indica.

Y si mujer buena es más excelente que todo lo que se puede hallar, pues

Ni la perla oriental así es preciada,
 ni la esmeralda que el Ofir envía,
 ni la vena riquísima alejada (1)

¿cómo Peribáñez no ha de hallar oscuros todos los elogios, para en ramillete de flores ofrendarlos á Casilda, la honesta y excelente?

Ved con qué palabras comenta Fr. Luis esos conceptos de Salomón: "El hombre que acertare con „una mujer de valor, se puede desde luego tener „por rico y dichoso, entendiendo que ha hallado „una piedra oriental, ó un diamante finísimo, ó una „esmeralda ú otra alguna piedra preciosa de in-

(1) Traducción en verso de Fr. Luis.

„estimable valor. Así que esta es la primera alabanza de la buena mujer, decir que es dificultosa de hallar.....

„Llamóla mujer de valor, y usó en ello de una palabra tan rica y tan significante, como es la original que dijimos, para decirnos que la mujer buena es más que buena, y que esto que nombramos bueno es una medianía de hablar que no allega á aquello excelente que ha de tener y tiene en sí la buena mujer, y que para que un hombre sea bueno le basta un bien mediano; mas en la mujer ha de ser negocio de muchos y muy subidos quillates, porque no es obra de cualquier oficial, ni lance ordinario, ni bien que se halla á doquiera, sino artificio primo (1) y bien incomparable, ó, por mejor decir, un amontonamiento de riquísimos bienes. Y este es el primer loor que le da el Espíritu Santo, y con este viene como nascido el segundo, que es compararla á las piedras preciosas. En lo cual, como en una palabra, acaba de decir cabalmente todo lo que en esto de que vamos hablando se encierra. Porque así como el valor de la piedra preciosa es de subido y extraordinario valor, así el bien de una buena tiene subidos quillates de virtud; y como la piedra preciosa en sí es poca cosa, y por la grandeza de la virtud secreta cobra gran precio, así lo que en el sujeto flaco de

(1) Es lo mismo que excelente ó principal.

„la mujer pone estima de bien, es grande y raro
„bien; y como en las piedras preciosas la que no
„es muy fina no es muy buena, así en las mujeres
„no hay medianía, ni es buena la que no es más que
„buena..”

Ni en los poetas, ni en los libros de amor y galantería, ni en las audaces empresas de Amadís por Oriana hay elogio más excelso, ni palabras más precisas, ni pensamientos más dignos de la mujer. El ideal cristiano envuelve aquí con toda su luz esplendente á la que ya no es cantada por hermosa, ni por gentil, sino que es venerada como madre.

Entrando después Fr. Luis á dar consejos prácticos para que una señora cuide de gobernar su casa, comenta aquel verso del *Ecclesiastes*: “Buscó lana y lino y trabajó con el saber de sus manos..” Toma por modelo y ejemplar de la mujer hacendosa á una labradora, á una señora en todo igual á aquella que Gabriel y Galán, el dulce poeta, cantó en versos que os sabéis de memoria:

Una mujer trabajadora, honrada,
cristiana, amable, cariñosa y seria...

Y punto por punto le va el maestro poniendo ante los ojos sus obligaciones. ESTE CAPÍTULO ES EL QUE Á ALGUNAS SEÑORAS DE HOY PUEDE PARECER ANACRÓNICO, Y DE SU LECTURA NO SACAR EL PROVECHO

CONVENIENTE POR JUZGARLE INADECUADO Á LOS TIEMPOS ACTUALES; MAS SI BIEN MIRAMOS, NADA EXTRAÑE QUE FR. LUIS HABLE ASÍ: SE DIRIGÍA Á UNA SEÑORA DE SU ÉPOCA, Y DE LOS QUEHACERES MÁS CORRIENTES EN AQUELLOS DÍAS HABLÓ; NO SE TOME, PUES, Á LA LETRA CUANTO ALLÍ DICE; PERO SÍ BÚSQESE EL ESPÍRITU Y BÉBASE LA INTENCIÓN, Y NOSOTROS MISMOS, SIN ESFUERZO, PODREMOS ADAPTARLE Á LAS NECESIDADES PRESENTES: HOY LAS SEÑORAS NO HAN DE HILAR EL LINO; RUECAS Y HUSOS NO SON YA EL MEJOR GOBIERNO DE LAS CASAS; PERO, EN VERDAD, SIEMPRE SERÁ LEY QUE Á TODAS, LAS DE AYER Y LAS DE MAÑANA, SE REFIERE AQUEL CONSEJO: “Lo casero y lo hacendoso „de una buena mujer, gran parte dello consiste en „que ninguna cosa de su casa quede desaprovechada, sino que todo cobre valor y crezca en sus manos, y que como sin saber de qué se haga rica y „saque tesoro, á manera de decir, de entre las barraduras de su portal. Y si el descender á cosas „menudas no fuera hacer particular esta doctrina, „que el Espíritu Santo quiso que fuese general y „común, yo trujera ahora á vuesa merced por toda „su casa, y en cada uno de los rincones della le dijera lo que hay de provecho; mas vuesa merced „lo sabe bien y lo hace mejor, y las que se aplican „á esta virtud de sí mismas lo entienden; como al „revés, las que son perdidas y desaprovechadas, „por más que se les diga, nunca lo aprenden.”

Un profesor notable, Paul Janet, recapitula así

estas palabras, no sé si después de haber leído á nuestro Fr. Luis de León: "Cumplid con vuestro deber, y eso es todo; pero cumplid con el deber placenteramente; hacedle grato para vosotras y para vuestro marido y vuestros hijos; llevad á todo vuestra alma, poned en todo gusto, gracia, elegancia; poned vuestro amor en todo lo que es aspezeza dentro de vuestra casa y ésta se animará, se alegrará, se hará suave y apacible. Hay en los más humildes cuidados de la vida un arte de disimular lo desagradable, un arte de disponer, un arte de elegir sin lujo ni grandes gastos, que debe ser vuestro recurso para hacer risueña la vida; ese es el secreto de vuestro amor cuidadoso y diligente.", (1)

¡Oh cómo se suaviza
el penoso trajín de las faenas
cuando hay amor en casa!...

Mas si la rueca y el huso, y aun otros trabajos propios de las señoras de aquellos días, hanse cambiado por los de ahora, no ha pasado la necesidad de que la mujer no esté ociosa. Bástanle el cuidado y guarda de sus hijos, los que, á ser posible, no debieran nunca, bajo ningún pretexto, ser abandonados por ellas á internados que les separen por com-

(1) Paul Janet: *La famille.*

pleto de la vista de sus padres, en aquella edad en que tanto más pueden ser carga algo penosa, cuanto más necesitan el cariño y los desvelos de una madre amorosa. ¡Pensad, señoras, cuando al cumplir vuestros hijos los dieciséis años salen de los colegios donde les reclusísteis, quizá á los seis no bien cumplidos; pensad en todo lo que habéis perdido de cuanto hay de más dulce y consolador para vosotras. ¡Habéis borrado el capítulo más interesante de la historia de su ingenuidad y de su inocencia, que no podréis evocar en los días de los bellos recuerdos; cuando al repasar vuestra cuenta no encontréis entre las dulzuras imborrables aquellas inefables impresiones de vuestros pequeñuelos, jugando á los soldados, saliendo con su cartera de estudiante á la lección diaria, gastando ante vuestros ojos complacidos la primer pesetilla que les entregasteis, rezando la oración que no les habéis enseñado, yendo á Misa los domingos con ellos, para ir después en busca del postre extraordinario!

¡Oh pequeñas inocentísimas alegrías que dáis los hijos á los padres, más intensas cuanto más nos habéis sacrificado! ¿Cómo es posible que haya quien os renuncie por no soportar las molestias de vuestros gorjeos, de vuestros alborozos, de los juguetes que destrozáis, ó de algúu *bibelot* que habéis hecho añicos al revolotear por la sala donde la vanidad puso más, tal vez, que el cariño!

Perdonad, sobre este tema divagué un poco; mas no se crea que él es menos interesante. Nuestro Maestro no le llega á tratar en ese terreno, porque no eran entonces los padres de tan mal gusto que renunciasen á tener á su lado á los pequeñuelos, siquiera hasta que la Universidad los reclamaba. Si hubiera escrito hoy Fr. Luis, podéis pensar lo que habria dicho, oyendo lo que consignó á propósito de otro punto que han puesto sobre el tapete los médicos é higienistas más reputados. Me refiero al de la primera crianza de los hijos, la cual el maestro de Salamanca impone como obligación ineludible y estrechísima á todas las madres que en conciencia no deban eximirse de ese deber. Oid lo que dice: "Esta perfecta casada no lo será si no
„cría sus hijos, y la obligación que tiene por su
„oficio á hacerlos buenos, esa misma le pone necesidad á que los críe á sus pechos. Porque con la
„leche no digo que se aprende, que eso fuera mejor, porque contra lo mal aprendido es remedio el
„olvido, sino digo que se bebe y convierte en substancia y como en naturaleza todo lo bueno y lo
„malo que hay en aquella de quien se recibe...„....

„Y si los hijos salen á los padres, de quien nacen,
„¿cómo no saldrán á las amas, con quien pacen, si
„es verdadero el refrán español?.....

„Pues si el no criar los hijos es ponerlos á tan
„claro y manifiesto peligro, ¿cómo es posible que
„cumpla con lo que debe la casada que no los cría?

„Esto es decir, la que en la mejor parte de su casa,
 „y para cuyo fin se casó principalmente, pone tan
 „mal recaudo. ¿Qué le vale ser en todo lo demás
 „diligente, si en lo que es más es así descuidada?
 „Si el hijo sale perdido, ¿qué le vale la hacienda ga-
 „nada? O ¿qué bien puede haber en la casa donde
 „los hijos, para quien es, no son buenos? Y si es par-
 „te desta virtud conyugal la piedad generalmente
 „con todos, las que son tan sin piedad que entregan
 „á un extraño el fruto de sus entrañas y la imagen
 „de virtud y de bien que en él había comenzado la
 „naturaleza á obrar, consienten que otro la borre,
 „y permiten que imprima vicios en lo que salía
 „con principio de buenas inclinaciones, cierto es
 „que no son buenas casadas, ni aun casadas, si ha-
 „bemos de hablar con verdad

“Por manera que, echando la cuenta, bien el
 „ama es la madre, y la que dió á luz es peor que
 „madrastra, pues enajena de sí á su hijo y hace
 „borde (1) lo que había nacido legítimo, y es causa
 „que sea mal nacido el que pudiera ser noble, y
 „comete en cierta manera un género de adulterio.,

“Bien conforma con esto lo que se cuenta haber
 „dicho un cierto mozo romano de la familia de los
 „Gracos, que volviendo de la guerra vencedor y
 „rico de muchos despojos, y viniéndole al encuen-
 „tro para recibirle alegres y regocijadas su madre

(1) Bastardo.

ARCHIVO MUNICIPAL
 ALCALA DE HENARES

TESTAMENTARIA
 DE
 JOSE M.^a VICARIO

„y ama juntamente, él, vuelto á ellas y repartiendo
„con ellas lo que traía, como á la madre le diese
„un anillo de plata y al ama un collar de oro, y
„como la madre indignada desto se doliese dél, le
„respondió que no tenía razón. Porque, dijo, vos
„me tuvísteis por espacio de nueve meses, y ésta
„me ha sustentado por dos años enteros. Lo que yo
„tengo de vos es sólo el cuerpo, mas la dádiva que
„de esta tengo, diómela ella con pura y sencilla
„voluntad. Vos, en naciendo yo, me apartaste de
„vos y me alejaste de vuestros ojos; mas ésta, ofre-
„ciéndose, me recibió, desechado, en sus brazos
„amorosamente, y me trató, así que por ella he lle-
„gado y venido al punto y estado en que ahora es-
„toy.

“¿Qué animal tan crudo hay que no crfe lo que
„produce? ¿Que fie de otro la crianza de lo que
„pare? La braveza del león sufre con mansedum-
„bre á sus cachorrillos. Y el tigre, sediento de
„sangre, da alegremente la suya á los suyos. Y si
„miramos á lo delicado, el flaco pajarillo, por no
„dejar sus huevos, olvida el comer y se enflaquece,
„y cuando los ha sacado, rodea todo el aire volan-
„do y trae alegre en el pico lo que él desea comer,
„y no lo come, porque ellos lo coman.

“Pero á todo esto se hacen sordas algunas, excu-
„sándose con decir que es trabajo, y que es hacer-
„se temprano viejas parir y criar. Estrabajo, yo lo
„confieso; mas si esto vale, ¿quién hará su oficio

„No esgrima la espada el soldado ni se oponga al
„enemigo, porque es caso de peligro y sudor. Y
„porque se lacera mucho en el campo, desampare
„el pastor las ovejas.”

“Aunque, si se mira bien, ni aun deleite les falta
„á las madres que crían, antes en este trabajo la
„naturaleza, sabia y prudente, repartió gran parte
„de gusto y de contento. El cual la razón nos dice
„que le hay, y en los extremos que hacen las ma-
„dres con sus niños, lo vemos. Porque ¿qué trabajo
„no paga el niño á la madre, cuando ella le tiene
„en el regazo desnudo, cuando él juega con la teta,
„cuando la hiere con la manecilla, cuando la mira
„con risa, cuando gorjea? Pues cuando se le añuda
„al cuello y la besa, paréceme que aún la deja obli-
„gada. Críe, pues, la perfecta casada á su hijo y
„acabe en él el bien que formó, y no dé la obra de
„sus entrañas á quien se la dañe, y no quiera que
„torne á nacer mal lo que había nacido bien.”

Y aunque fueren mayores las fatigas de vuestro
empeño, no abdiquéis de ellas; pues es el criar á
vuestros hijos la mayor deuda de amor que ellos
contraen con vosotros, y además, no sé cuál virtud
tienen las madres, aun sobre los hijos que apenas
se dan cuenta de quién los hace vivir, que entre to-
dos los cuadros bellos, nada hay comparable al
niño dormido por su madre:

Las palabras de las madres
tienen fragancias y ritmos

de llanto, que nadie sabe
dónde los han aprendido;
son tristezas que se abren
en la sombra, por caminos
que van á morir á un cielo
alegre, rosa y dulcísimo;
son pájaros que se posan
en los ojos de los niños,
sonrisas para sus bocas,
mariposas, lumbres, lirios,
ascensiones irisadas
que van á la gloria, ríos
celestes, frondas de oro,
caminitos florecidos...
yo no sé qué ruiseñores,
qué remansos cristalinos,
¡ay! yo no sé qué alas blancas
que saben ir á los lirios... (1)

Pero sigamos, que el tiempo pasa y aún he de hablar de otro capítulo admirable de *La Perfecta Casada*. Aquel en que Fr. Luis advierte cómo la buena mujer ha de hacer bueno al marido, y hago constar, y vosotras lo sabéis bien, que esta prerrogativa de que gozáis no es ejecutoria pretérita, sino que siempre será vuestra virtud, vuestro encanto mayor, vuestra gran fuerza social y familiar, que debéis cuidar con esmero. Habla el Maestro: "Porque al oficio de la buena mujer pertenece, y „esto nos enseña Salomón aquí, hacer buen mari-

(1) Juan R. Jiménez.

„do y criar buenos hijos, y tales que no sólo con
„debidas y agradecidas palabras le den loor, pero
„mucho más con buenos hechos y obras. Que es
„pedirle tanta bondad y virtud cuanta es menester,
„no sólo para sí, sino también para sus hijos y su
„marido. Por manera que sus buenas obras dellos
„sean propios y verdaderos loores della, y sean
„como voces vivas que en los oídos de todos canten
„su loor. Y cuanto á lo del marido, cierto es lo pri-
„mero, que el Apóstol dice que muchas veces la
„mujer cristiana y fiel, al marido que es infiel, le
„gana y hace su semejante (1). Y así no han de
„pensar que pedirles esta virtud es pedirles lo que
„no pueden hacer, porque si alguno puede con el
„marido, es la mujer sola. Y si la caridad cristiana
„obliga al bien del extraño, ¿cómo puede pensar la
„mujer que no está obligada á ganar y á mejorar
„su marido? Ciertamente es que son dos cosas las que
„entre todas tienen para persuadir eficacia: el
„amistad y la razón. Pues veamos, ¿cuál destas
„dos cosas falta en la mujer, que es tal cual deci-
„mos aquí, ó veamos si hay algún otro que ni con
„muchas partes se iguale con ella en esto? El amor
„que hay entre dos, mujer y marido, es el más es-
„trecho, como es notorio, porque le principia la
„naturaleza, y le acrecienta la gracia, y le encien-
„de la costumbre, y le enlazan estrechísimamente

(1) I *Ad Corinth.*, cap. VII, vers. 14.

„otras muchas obligaciones. Pues la razón y la pa-
„labra de la mujer discreta es más eficaz que otra
„ninguna en los oídos del hombre, porque su aviso
„es aviso dulce. Y como las medicinas cordiales,
„así su voz se lanza luego y se apega más en el
„corazón. Muchos hombres habría en Israel tan
„prudentes y de tan discreta y más discreta razón
„que la mujer de Tecua; y para persuadir á David
„y para inducirle á que tornase á su hijo Absalón á
„su gracia, Joab su capitán general avisadamente
„se aprovechó del aviso de sola esta mujer, y sola
„ésta quiso que con su buena razón y dulce pala-
„bra ablandase y torciese á piedad el corazón del
„Rey justamente indignado (1), y sucedióle su in-
„tento. Porque, como digo, mejórase y esfuérase
„mucho cualquiera buena razón en la boca dulce
„de la sabia y buena mujer. Que ¿quién no gusta
„de agradar á quien ama? O ¿quién no se fía de
„quien es amado? O ¿quién no da crédito al amor y
„á la razón cuando se juntan? La razón no se en-
„gaña y el amor no quiere engañar. Y así, confor-
„me á esto tiene la buena mujer tomados al mari-
„do todos los puertos, porque ni pensará que se en-
„gaña la que tan discreta es, ni sospechará que le
„quiere engañar la que como su mujer le ama. Y
„si los beneficios en la voluntad de quien los reci-
„be crían deseo de agradecimiento, y la aseguran

(1) II Reg, cap. 13.

„para que sin recelo se fie de aquel de quien los ha
 „recibido, y ambas á dos cosas hacen poderosísi-
 „mo el consejo que da el beneficiador al beneficia-
 „do, ¿qué beneficio hay que iguale al que recibe el
 „marido de la mujer que vive como aquí se dice?
 „De un hombre extraño, si oímos que es virtuoso y
 „sabio, nos fiamos de su parecer; ¿y dudará el ma-
 „rido de obedecer á la virtud y discreción que cada
 „día se ve y experimenta? Y porque decimos cada
 „día, tienen aún más las mujeres para alcanzar de
 „sus maridos lo que quisieren esta oportunidad y
 „aparejo, que pueden tratar con ellos cada día y
 „cada hora, y á las horas de mejor coyuntura y sa-
 „zón. Y muchas veces lo que la razón no puede, la
 „importunidad lo vence, y señaladamente la de la
 „mujer, que como dicen los experimentados es so-
 „bre todas”

Si es cierto cuanto aquí se dice, bien lo sabéis;
 el refrán castellano dijo lo mismo con ruda ener-
 gía. Pues si tal es vuestra fuerza, no nos empujéis
 hacia los pozos, aunque en ellos hubiere riquezas
 materiales, no; tomad nuestro corazón en vuestras
 manos, y alzadle á los altos anhelos; ponednos
 delante de los ojos luz de inmortalidad; que quan-
 do nos miremos en los vuestros veamos resplande-
 cer la paz de vuestro espíritu, y al levantarse ellos
 hacia lo que está sobre la tierra, tengamos que se-
 guiros; que la esperanza con que entonces nos
 alentéis sea á un tiempo oración al que envía toda

merced, y acción de gracias por la que nos concedió dándonos vuestro apoyo amante.

Mirad que necesitamos los hombres de un prudente consejero; y cuanto más el hombre tropieza con obstáculos y peligros, entonces es cuando necesita los cuidados y la abnegación de la mujer.

El hombre tiene, más que nada, esa fuerza que concibe y ejecuta; pero no siempre tiene la que soporta y aguarda. El fracaso le agría y le irrita; todo lo cree perdido por un revés, y revolvería el mundo de arriba á abajo por una injusticia.

“La mujer, más viva sin duda, y en quien son más exaltadas las impresiones del primer momento, vuelve con más facilidad al tono de la vida corriente; y aunque sólo sea por amor á su marido, está más dispuesta que él á la paciencia y al sacrificio propio. No tiene ese poder que emprende las cosas; pero sí el que ayuda y conforta, y, en las grandes crisis, el que levanta el ánimo.” (1)

Esto, dicho por un sociólogo en fines del siglo XIX, es lo mismo que Fr. Luis había enseñado trescientos años hacía, diciendo: “Porque cierto es „que la naturaleza ordenó que se casasen los hom-
„bres, no sólo para fin que se perpetuasen en los
„hijos el linaje y nombre dellos, sino también á
„propósito de que ellos mismos en sí y en sus per-

(1) Paul Janet: Obra citada.

„sonas se conservasen; lo cual no les era posible,
„ni al hombre sólo por sí, ni á la mujer sin el hom-
„bre, porque para vivir no basta ganar hacienda,
„si lo que se gana no se guarda; que si lo que se
„adquiere se pierde, es como si no se adquiriese.
„Y el hombre, que tiene fuerzas para desvolver
„la tierra, y para romper el campo, y para discu-
„rrir por el mundo y contratar con los hombres
„negociando su hacienda, no puede asistir á su
„casa, á la guarda della, ni lo lleva su condición; y
„al revés, la mujer, que por ser de natural flaco y
„frío es inclinada al sosiego y á la escasez, y es
„buena para guardar, por la misma causa no es
„buena para el sudor y trabajo del adquirir. Y así,
„la naturaleza, en todo proveída, los ayuntó para
„que, prestando cada uno dellos al otro su condi-
„ción, se conservasen juntos los que no se pudieran
„conservar apartados. Y de inclinaciones tan dife-
„rentes, con arte maravillosa, y como se hace en
„la música, con diversas cuerdas hizo una prove-
„chosa y dulce armonía, para que cuando el mari-
„do estuviere en el campo, la mujer asista á la
„casa, y conserve y endure el uno lo que el otro co-
„giere.

„El estado de la mujer, en comparación del ma-
„rido, es estado humilde, y es como dote natural de
„las mujeres la mesura y vergüenza, y ninguna
„cosa hay que se compadezca menos, ó que desdi-
„ga más de lo humilde y vergonzoso, que lo habla-

„dor y lo parlero. Cuenta Plutarco (1) que Fidas,
„escultor noble, hizo á los Elienses una imagen de
„Venus, que afirmaba los pies sobre una tortuga,
„que es animal mudo, y que nunca desampara su
„concha. Dando á entender que las mujeres, por la
„misma manera, han de guardar siempre la casa y
„el silencio. Porque verdaderamente el saber ca-
„llar es su sabiduría propia, y aquella de quien
„habla aquí Salomón, aunque para aprendida es
„muy dificultosa á aquellas que de su cosecha no
„la tienen, como decíamos. Y esto cuanto á lo pri-
„mero. Mas lo segundo, que toca á la aspereza y
„desgracia de la condición, que por la mayor par-
„te nace más de la voluntad viciosa que de natura-
„leza errada, es enfermedad más curable. Y deben
„advertir mucho en ello las buenas mujeres. Por-
„que, si bien se mira, no sé yo si hay cosa más
„monstruosa y que más disuene de lo que es, que
„ser una mujer áspera y brava. La aspereza hízose
„para el linaje de los leones ó de los tigres, y aun
„los varones por su compostura natural y por el
„peso de los negocios en que de ordinario se ocu-
„pan, tienen licencia para ser algo ásperos. Y el
„sobrecejo, y el ceño, y la esquivez en ellos está
„bien á las veces; mas la mujer, si es leona, ¿qué le
„queda de mujer? Mire su hechura toda, y verá

(1) Lib. *De praeceptis conjugaliibus*.

„que nació para piedad. Y como á las onzas (1) las
„uñas agudas y los dientes largos, y la boca fiera,
„y los ojos sangrientos, las convidan á crueza, así
„á ella la figura apacible de toda su disposición la
„obliga á que no sea el ánimo menos mesurado
„que el cuerpo parece blando. Y no piensen que las
„crió Dios y las dió al hombre sólo para que le
„guarden la casa, sino también para que le con-
„suelen y alegren. Para que en ella el marido can-
„sado y enojado halle descanso, y los hijos amor, y
„la familia piedad, y todos generalmente acogi-
„miento agradable. Bien las llama el hebreo á las
„mujeres *la gracia de casa*. Y llámalas así en su
„lengua con una palabra que en castellano, ni
„con decir gracia ni con otras muchas palabras de
„buena significación, apenas comprendemos todo
„lo que en aquélla se dice. Porque dice aseo, y dice
„hermosura, y dice donaire, y dice luz, y deleite, y
„concierto, y contento el vocablo con que el hebreo
„las llama. Por donde entendemos que de la bue-
„na es tener estas cualidades todas, y entendemos
„también que la que va por aquí no debe ser lla-
„mada ni la gracia, ni la luz, ni el placer de su
„casa, sino el trasto della y el estropiezo, ó por
„darle su nombre verdadero, trasgo (2), y la estan-

(1) Una fiera, especie de lince.

(2) Duende.

„tigua (1), que á todos los turba y asombra. Y su-
 „cede así, que como á las casas que son por esta
 „causa asombradas, después de haberlas conjura-
 „do, al fin los que las viven las dejan, así la habi-
 „tación donde reinan en figura de mujer estas fie-
 „ras, el marido teme entrar en ella, y la familia
 „desea salir della, y todos la aborrecen y lo más
 „presto que pueden la santiguan y huyen. ¿Qué
 „dice el Sabio? (2): *El azote de la lengua de la mu-
 „jer brava por todos se extiende, enojo fiero la
 „mujer airada ó borracha, es su afrenta perpe-
 „tua* (3). Conocí yo una mujer que cuando comía
 „reñía, y cuando venía la noche reñía también, y el
 „sol cuando nacía la hallaba riñendo, y esto hacía
 „el disanto (4), y el día no santo, y la semana, y el
 „mes, y todo el año no era otro su oficio sino reñir.
 „Siempre se oía el grito, y la voz áspera, y la pa-
 „labra afrentosa, y el deshonor sin freno, y ya so-
 „naba el azote, y ya volaba el chapín, y nunca la
 „oí que no me acordase de aquello que dice el
 „poeta (5):

Thesifone, ceñida de cruzes,
 La entrada sin dormir de noche y día

(1) Visión ó fantasma que ofreciéndose á los ojos causa espanto.

(2) *Eccles.*, cap. XXVI, vers. 9.

(3) *Eccles.*, cap. XXVI, vers. 12.

(4) Domingo ó día de fiesta.

(5) Ovid., lib. IV. *Metamorph.*

Ocupa: suena el grito, la braveza,
El lloro, el crudo azote, la porfía.

“Y así era su casa una imagen del infierno en
„esto, con ser en lo demás un paraíso, porque las
„personas della eran no para mover á braveza,
„sino para dar contento y descanso á quien lo mi-
„rara bien. Por donde, cargando yo el juicio algu-
„nas veces en ello, me resolví en que de todo aquel
„vocear y reñir no se podía dar causa alguna que
„colorada fuese, sino era querer digerir con aquel
„ejercicio las cenas, en las cuales de ordinario esta
„señora excedía. Y es así, que en estas bravas, si
„se apuran bien todas las causas de esta su desen-
„frenada y continua cólera, todas ellas son razo-
„nes de disparate. La una, porque le parece que
„cuando riñe es señora; la otra, porque la desgra-
„ció el marido, y hálo de pagar la hija ó la cria-
„da; la otra, porque su espejo no le mintió ni la
„mostró hoy tan linda como ayer, de cuanto ve le-
„vanta alboroto”

En cuanto va acotado como palabras del autor de la *Noche serena* (aquella obra de paz, la más íntima que ha podido ser reflejada por quien, como nadie, supo lo que era calma y serenidad del espíritu) veo yo el horror que causaba á Fr. Luís de León el pensar siquiera en el desconcierto que á una casa puede traer la mujer locuaz y desgarrada. Nunca usó de frases tan acerbas y fustigantes,

ni aun siquiera en aquel punto, que antes vimos, de la crianza de los hijos. Pudo ser más duro en el concepto, dolerse más amargamente del vicio censurado; pero no llega á escandalizarse de modo semejante á como se le ve cuando considera los perjuicios que sobre el marido atrae una mujer “áspera y brava, fiera que el marido rehuye y todos aborrecen.” Aquí, ni el famoso arcipreste de Talavera, en el célebre capítulo de la *Mujer parlera*, llega á mayor acritud. Pero Martínez de Toledo, poco caritativo, generaliza injustamente; Fr. Luis habla de aquellas mujeres excepcionales que son perdición de sus maridos; y en cambio, ¡con qué dulzuras y ponderaciones ensalza á la esposa que, siguiendo el camino de la ternura vigilante, logra aquellas victorias que tanto la honran, porque tras de ellas no hay derrotados, aunque haya un vencido!

Bendiciones desea siempre, ya lo habéis oído, para la mujer que tiene arte para ganar y mejorar á su marido, “porque mejórase y esfuérase mucho cualquiera buena razón en la boca dulce de la sabia y buena mujer.” Siendo ésta así, ¡cuán fáciles es que los esposos formen un solo ser, una voluntad única, con la cual podrán cumplir su misión, que toda ella es misión de amor y paz, y no puede haber del uno ni de la otra donde haya divisiones y recelos!

Ya con frase feliz expuso también cómo importa

esa compenetración de temperamentos y caracteres el gran Lope en *El castigo sin venganza*:

Que tanto el trato acrisola
La fe de amor, que de dos
Almas que nos puso Dios
Hicimos un alma sola.

Habéis oído algo con que el P. León se refiere á punto muy delicado, sobre el cual pasa como sobre ascuas: "La mujer cristiana al marido que es infiel, le gana y hace su semejante., He ahí una afirmación que tiene un valor imponderable y siempre eficaz. Yo no quiero reflexionar sobre ella; dejo la palabra al poeta Lope de Vega en su comedia *El desposorio encubierto*:

BEAT. ¿Celos, Elisa, podrán
Mayores milagros que éste?

ELIS. Creo que son mal de peste,
Que sólo del aire dan.

BEAT. Plega á Dios que sólo sea
Aire de imaginación.

ELIS. Celos es mala opinión
De lo que el alma desea.

No entres ya tan furiosa
A dos días de marido,
Que creo que le has perdido
En pareciendo celosa.

Este es el prado; pues bien,
¿Qué ha de hacer si está en el prado?

BEAT. Mirar alguna ocupado
Por quien me muestra desdén.

ELIS. Todas os perdéis así;
No entras bien, por vida tuya,
Porque en viéndote tan suya,
Se descuidará de ti.

Quieren los hombres saber
Que no los temen, ni quieren,
Que andando dudosos, mueren
Aun con la propia mujer.

Descuídate, que si él tiene
Algo que le duela acá,
Por fuerza aborrecerá
Quien á estorbárselo viene.

Y en viendo que estás celosa,
Que le estimas y le sigues,
Que le riñes y persigues
Y sabes alguna cosa,

Te mirará con vergüenza
Y no te dirá verdad;
Por donde la voluntad
A resfriarse comienza.

Dejalle es mucho mejor,
Que si ve que sin él vives
Y que sus cosas recibes
Como quien no tiene amor,

Por traerte más contenta
Le inclinarás á tus gustos,
Que la amistad sin disgustos
El pequeño amor aumenta;

Porque en alzando la voz
La mujer más que solía,
Cesa la igual armonía
Y anda el revés y la coz.

No digo que un hombre honrado
Hará esto, pero sobra

Que te aborrezca de obra
Y ande en palabras cansado.

BEAT. ¡Ay, Elisal si el amor
Tuviera algún fundamento
De razón, ¿qué más contento
Que padecer su rigor?

No sólo es amor cansado
Por lo que hace padecer,
Mas por lo que hace hacer
A un pecho desatinado.

Tomar quiero tus lecciones,
Y no puedo.

ELIS. Pues entiende
Que quien agora no aprende
Hace después sin razones.

Fuí casada, ya lo ves,
Tuve á mi gusto marido,
Por el suyo distraído
De la cabeza á los pies.

Di voces, alboroté
Mi casa, mi vecindad,
Mis padres, mi autoridad.
Sus estaciones busqué,
Seguíle, víle y canséle
De suerte que le perdí,
Y en dos años no le vi,
Que es lo que un hombre hacer suele.

Dejéle después, y amando,
Sirviendo y mostrando amor,
Me le tuvo, y aún mayor
Que yo estaba deseando.

Porque vino á estar celoso
Como yo estuve celosa.

BEAT. ¡Oh ciencia dificultosa,

Amar y tener reposo!
Si os quiere, es con mil recelos;
Si no os cела, ya no os quiere;
¡Dichosa la que viviere
Con paz y amor y sin celos! (1).

Esta conducta de la esposa ante las distracciones de quien olvida su estado y obligación, exige sacrificio, ¿verdad? Sin embargo, es remedio infalible á no haber caído una mujer virtuosa en manos de un miserable. Callar, y esperar y amar es camino de éxito; avergonzar con frase impremeditada á los hijos; escarnecer delante de las hijas á un padre; ofenderlas en su pudor, es no ganar al marido y perder lo que debería ser sagrado para una madre; es perderlo todo.

La prudencia y el amor generoso y abnegado, medicinas son contra el más grave mal que puede acaecer entre esposos.

La casada tiene, aparte sus virtudes, medios de otro orden que con santa intención debe poner en práctica. El viejo refrán castellano dijo: "Mujer bien compuesta aparta al marido de otra puerta;" y que el dicho popular no tiene nada de grosero, lo confirma el ver al propio Fr. Luis comentando y desenvolviendo lo que ya era consejo de la Sagrada Escritura.

(1) *El desposorio encubierto*, acto 1.º

„De la casada perfecta es parte también no ser
„en el tratamiento de su persona desaliñada y re-
„mendada, sino que como ha de ser en la adminis-
„tración de la hacienda granjera, y con los pobres
„piadosa, y con su gente no escasa, así por la mis-
„ma forma á su persona la ha de traer limpia y
„bien tratada, aderezándola honestamente en la
„manera que su estado lo pide y trayéndose con-
„forme á su cualidad, así en lo ordinario como en
„lo extraordinario también. Porque la que con su
„buen concierto y gobierno da luz y resplandor á
„los demás de su casa, que ella ande deslucida en
„sí, ninguna razón lo permite.”

Y más adelante vuelve sobre el mismo tema, ponderando cuánto importa para la honesta hermosura esa limpieza y decoro con que la casada ha de componerse para evitar todo “desaliño,” y “asco,” del marido.

Pero ahorre yo mis palabras, y oid al prudente consejero:

„Mas como la hermosura consista en dos cosas,
„la una que llamamos buena proporción de figuras,
„y la otra que es limpieza y aseo, porque sin lo
„limpio no hay nada hermoso, aunque es verdad
„que ninguna, si no lo es, se puede figurar como
„hermosa, dado que lo procure, como se ve en que
„muchas lo procuran y en que ninguna dellas sale
„con ello; pero lo que toca al aseo y limpieza, nego-
„cio es que la mayor parte dél está puesta en su

„cuidado y voluntad, y negocio de cualidad, que
„aunque no es de las virtudes que ornán el ánimo,
„es fruto dellas é indicio grande de la limpieza y
„buen concierto que hay en el alma, el cuerpo lim-
„pio y bien aseado.”

Y aún en otro punto añade:

“La casa olerá á la mujer á cuyo cargo está su
„aliño y limpieza, y cuanto ella fuere aseada ó des-
„aseada, tanto así la casa, como la mesa y el lecho,
„tendrá de sucio ó de limpio.”

Considerando cuánto realza la natural hermo-
sura de la mujer esta pulcritud, afirma que ella,
de por sí, es ya belleza, pues otra hay que no está
en la voluntad el tenerla, á saber: la hermosura
en el color y en la figura. Si ésta no se posee, en
vano se procurará con artificios engañosos. Puede
lograr atractivos la gracia con el adorno y la ho-
nesta compostura, que no está reñida con las obli-
gaciones de la casada; pero de ningún modo se al-
canzarán con afeites y aliños.

¡Y con qué dureza fustiga el maestro León á la
que se deja arrastrar por el afán de engañarse á
sí misma con pinturas y aderezos de esta misma
traza!

Merece ser leído el capítulo, todo él sustancio-
so y feliz. Lo que Martínez de Toledo trató entre
burlerías y donaires, éste ahora lo censura severa
y gravemente, no sin que corra por entre aquellas
líneas un airecillo sutil de sarcasmo y lástima ha-

cia la mujer casada que se afana en *ser más hermosa de lo que su marido quiere que sea*. ¿Qué pretende con esto? dice Fr. Luis. Él mismo se contesta elocuentemente, y aprovecha también las opiniones de Santos Padres y poetas de la antigüedad, viniendo á estar todos conformes en que el agua abundante es para todo el cuerpo el mejor y más sano aliño: “dejando después el agua, límpiese con un paño áspero, y queden así más hermosas que el sol.”

Los tiempos y los usos nuevos pueden hacer juzgar como anticuados algunos de los consejos que en este capítulo da Fr. Luis, singularmente en los detalles con que los expone. Miremos bien, sin embargo, y veremos, cuando el Maestro condena el *matizar el rostro y las cuencas de los bellísimos ojos y el azafranarse el cabello*, cómo no lo hace por costumbre de censurar, ni llevado de un natural hosco y gruñón, sino que, aparte las razones morales que aduce en su apoyo, todas ellas santas y fundadas (como aquélla con la cual á los maridos incita á no tolerar esos engaños de sus mujeres, pórtico por donde la vanidad pueda llevarlas á otros más graves); aparte, digo, estas y otras reflexiones echa mano Fr. Luis de razonamientos que los higienistas de hoy preconizan para atacar el afán desmedido de aquellas damas que, en su tarea de acudir con fingimientos á retocar y transformar lo natural, no reparan en colirios, albayal-

des, alcohol, pastas, aguas oxigenadas, aceros, cremas, postizos y barnices.

En este punto ya no es el religioso el que habla, aunque autoridad tenía para ello, pues en nombre de la moral cristiana discurría; sino que es la razón y el buen sentido, y de esto convengamos que algunas damas del siglo XX no andan muy sobradas, pues buscando prestadas bellezas para su cuerpo, no pocas veces le atormentan y deterioran con esta especie de cilicios á que se sujetan, y no por más altos fines que los de conseguir (¡que los hombres no somos tontos!) la patente de hábiles mixtificadoras.

Y, por último, quiero antes de terminar anunciaros que en *La Perfecta Casada* hay un capítulo admirable, donde podréis encontrar sanos consejos para vuestras relaciones con los criados; punto éste que nunca está demás leer sobre él, ya que, si no entre vosotras, sí entre otras muchas señoras es uso poco prudente no poner adecuado remedio al mal de que se duelen y en cambio rebajarse á murmuraciones nada honrosas para las que al censurar constantemente á sus domésticos certifican de su incapacidad para el mando y buen régimen de su casa: “No es aquesta la menor parte „de la virtud de aquesta perfecta casada que pin- „tamos, ni la que da menos loor á la que es señora „de su casa, el buen tratamiento de su familia y

„criados, antes es como una muestra donde clara-
„mente se conoce la buena orden con que se gobier-
„na todo lo demás

“El pecar los señores en esto con sus criados or-
„dinariamente nace de soberbia y de desconocerse
„á sí mismos los amos. Porque si considerasen que
„así ellos como sus criados son de un mismo me-
„tal, y que la fortuna, que es ciega, y no la natu-
„raleza proveída, es quien los diferencia, y que
„nascieron de unos mismos principios, y que han
„de tener un mismo fin, y que caminan llamados
„para unos mismos bienes; y si considerasen que
„se puede volver el aire mañana, y á los que sir-
„ven ahora servirlos ellos después, y si no ellos,
„sus hijos ó sus nietos, como cada día acontece, y
„que al fin todos, así los amos como los criados,
„servimos á un mismo Señor, que nos medirá como
„nosotros midiéremos; así que, si considerasen
„esto, pondrían el brío aparte y usarían de manse-
„dumbre y tratarían á los criados como á deudos,
„y mandarlos habrían como quien siempre no ha de
„mandar. Y aquí conviene que las mujeres hinquen
„los ojos más, porque se desvanescen fácilmente,
„y hay tan vanas algunas, que casi desconocen su
„carne y piensan que la suya es carne de ángeles
„y las de sus sirvientas de perros, y quieren ser
„adoradas dellas y no acordarse dellas si son nas-
„cidas: y si se quebrantan en su servicio, y si pa-
„san sin sueño las noches, y si están ante ellas de

„rodillas los días, todo les parece que es poco y
„nada para lo que se les debe, ó ellas presumen
„que se les ha de deber. En lo cual, demás de lo
„mucho que ofenden á Dios, hacen su vida más
„miserable de lo que ella se es. Porque se hacen
„aborrecibles á los suyos, que es una encarescida
„miseria. Porque ninguna enemistad es buena, y
„la de los criados que viven dentro del seno de los
„amos, y saben los secretos de casa, y son sus ojos,
„y aunque les pese, de su vida testigos, es peligró-
„sa y pestilencial. Y de aquí ordinariamente salen
„las chismerías y los testimonios falsos, y las más
„veces los verdaderos. Y esta es la causa por don-
„de muchos hallan cuando no piensan las plazas
„llenas de sus secretos. Y como es peligrosa des-
„ventura hacer de los criados fieles, crueles ene-
„migos con no debidos tratamientos, así el tratar-
„los bien es no sólo seguridad, sino honra y buen
„nombre. Porque han de entender los señores que
„son como parte de su cuerpo sus gentes, y que es
„como un compuesto su casa, adonde ellos son la
„cabeza y la familia los miembros, y que por el
„mismo caso que los tratan bien, tratan bien y
„honradamente á su misma persona. Y como se
„honran de que en sus facciones y disposición no
„haya ni miembro torcido ni figura que desagra-
„de, y como les añaden á todos sus miembros
„cuanto es en sí hermosura y los procuran vestir
„con debido color, así se han de preciar de que en

„toda su gente relumbre su mucha liberalidad y
 „bondad; por manera que los de su casa ni estén
 „en ella faltos, ni salgan della quejosos.....”

“Y no quiero decir que todo ha de ser blandura
 „y regalo, que bien vemos que la buena orden pide
 „algunas veces severidad; mas porque lo ordina-
 „rio es pecar los amos en esto, que es ser descui-
 „dados en lo que toca al buen tratamiento de los
 „que los sirven, por eso hablamos dello y no ha-
 „blamos de cómo los han de ocupar, de que ellos
 „se tienen cuidado.....”

¡Ah, si tuviéramos en el corazón metidas las en-
 señanzas del Maestro (1), cuán distinto sería el
 aspecto de eso que podríamos llamar cuestión so-
 cial en el orden de la familia. Entonces sí que
 aquel cuadro que nos pinta el poeta castellano en
El Ama sería una frecuente realidad; los que co-
 men nuestro pan disfrutarían de nuestras alegrías
 y llorarían nuestras desgracias, y la familia sería
una, fuerte y vigorosa.

Y si las penas son incurables cuando hieren en
 la soledad, ¡cuánto no se alivian si podemos decir
 en los trances amargos:

(1) Recuerdo en este punto aquellas palabras que Jenofonte
 pone en boca de la mujer de Isomaco, en el diálogo *Económico*,
 cuando éste refiere las buenas condiciones de su esposa, una
perfecta casada, en los días de Sócrates. La misma razón natural
 hacía decir cosas tan semejantes á hombres tan separados por el
 tiempo.

Qué compasión me tienen mis criados,
que ayer me vieron con el alma llena
de alegrías sin fin, que rebosaban,
y suyas también eran!

Hasta el hosco pastor de mis ganados,
que ha medido la hondura de mi pena,
si llevo á su majada,
baja los ojos, y ni hablar quisiera;
y dice al despedirme: "Animo, amo;
haiga mucho valor y haiga pacencia!..."

Termino, no porque el tema se agotó, sino por no cansaros con mis comentarios pobrísimos é insustanciales. Perdonad, os lo suplico, lo inhábil que fuí en mi empresa; pero al menos no me negéis que el intento fué plausible.

Tradúzcase él en un homenaje que vosotras rindáis desde lo íntimo de vuestro corazón á aquel hombre egregio que en tan alta estima tuvo á la perfecta casada, y que para cantar sus loores público, no un libro en defensa de las virtuosas mujeres, sino que presentó al mundo un espejo donde se han reflejado hasta ahora, y quiera Dios sigan mirándose en él, las mujeres españolas que han sido nuestras madres, son nuestras hermanas y serán (así Dios lo haga) nuestras hijas.

Sea yo el que, por boca de todos cuantos os admiramos, diga ahora aquí las alabanzas que merecéis, madres y esposas nuestras:

El coro de sus hijos crece y lleva
al cielo sus loores, y el querido
padre con voz gozosa los aprueba.

En efecto; ese Padre, que bien pudiera ser aquí
el Maestro Fr. Luis, os aprobaría de todo corazón
á vosotras que me habeis escuchado.



BIBLIOTECA

ÍNDICE

DE LOS PUNTOS QUE ABARCA ESTA CONFERENCIA

	Páginas
A MIS OYENTES.....	9 y 10
ESCARCEOS HISTÓRICOS:	
Dante, Petrarca y Boccaccio.....	12 y 13
Rodríguez de la Cámara y el Arcipreste de Talavera..	13 á 15
D. Álvaro de Luna y Diego de Valera.....	16 á 20
Un soneto de Ayala.....	20 y 21
Los días de Don Quijote.....	21 y 22
La literatura mística acerca de la mujer.....	23 á 27
Concepto en que se tenía en España á la casada.....	27 á 30
El período <i>heroico</i> y <i>los caminos reales</i>	30 á 32
LA PERFECTA CASADA, SEGÚN FR. LUIS DE LEÓN:	
Retrato de la virtuosa casada.....	32 á 37
Un cuadro de felicidad doméstica.....	37 á 40
Trato que debe el marido.....	40 á 41
Un <i>idilio</i>	41 á 44
Elogio de la mujer buena.....	44 á 46
Elogio de la mujer hacendosa.....	46 á 48
LA MADRE Y SUS OBLIGACIONES:	
La educación de los hijos.....	48 á 50
La crianza de éstos.....	50 á 54
La mujer consejera y auxiliar del marido.....	54 á 59
La mujer mesurada y discreta.....	59 á 61
La mujer, <i>gracia de la casa</i>	61 á 63
Comentarios.....	63 á 65
Cómo la mujer gana al marido infiel.....	65 á 68
Del adorno y limpieza.....	68 á 70
De los adornos inconvenientes.....	70 á 72
Cómo debe haberse la señora con los criados.....	72 á 76
Se da fin á la conferencia.....	76 á 77

APÉNDICES

I

Poesía de Fr. Luis de León, á la cual se aludió
en el texto, pág. 63.

NOCHE SERENA, Á OLOARTE

Cuando contemplo el cielo,
De innumerables lucés adornado,
Y miro hacia el suelo
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado,
El amor y la pena
Despiertan en mi pecho un ansia ardiente
Despiden larga vena
Los ojos hechos fuente,
Oloarte, y digo al fin con voz doliente:
"Morada de grandeza
Templo de claridad y hermosura,
El alma que á tu alteza
Nació, ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel baja, oscura?"

„¿Qué mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,
Que de tu bien divino
Olvidado, perdido,
Sigue la vana sombra, el bien fingido?„
El hombre está entregado
Al sueño, de su suerte no cuidando,
Y con paso callado
El cielo vueltas dando,
Las horas del vivir le va hurtando.
¡Oh! despertad, mortales,
Mirad con atención en vuestro daño:
Las almas inmortales,
Hechas á bien tamaño,
¿Podrán vivir de sombras y de engaño?
¡Ay! levantad los ojos
A aquesta celestial eterna esfera,
Burlaréis los antojos
De aquesta lisonjera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.
¿Es más que un breve punto
El bajo y torpe suelo, comparado
Con ese gran trasunto,
Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?
Quien mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternos,
Su movimiento cierto,
Sus pasos desiguales,
Y en proporción concorde tan iguales;
La luna cómo mueve
La plateada rueda, y va en pos de ella
La luz do el saber llueve,
Y la graciosa estrella
De amor, la sigue, reluciente y bella;

Y cómo otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte airado,
Y el Júpiter benino,
De bienes mil cercado,
Serena el cielo con su rayo amado.

Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro;
Tras él la muchedumbre
Del reluciente coro
Su luz va repartiendo, y su tesoro.

¿Quién es el que esto mira,
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira,
Y rompe lo que encierra
El alma, y destos bienes la destierra?

Aquí vive el contento.
Aquí reina la paz, aquí asentado
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado,
De glorias y deleites rodeado.

Inmensa hermosura
Aquí se muestra toda y restablece
Clarísima luz pura,
Que jamás anochece;
Eterna primavera aquí florece.

¡Oh campos verdaderos!
¡Oh prados con verdad frescos y amenos,
Riquísimos mineros!
¡Oh deleitosos senos,
Repuestos valles, de mil bienes llenos!

Fray Luis Ponce de León (1527-91) (1), gran literato español en toda la más alta significación de la palabra. A los diecisiete años entró en la Orden de San Agustín, llegando pronto á profesor de Teología en Salamanca. A causa de una controversia teológico-filológica, algunos rivales propagaron la especie de que era descendiente de judíos y de que conspiraba con los profesores Cantalapiedra y Grajal para interpretar la Escritura según las tradiciones rabinas. Su principal contrario fué León de Castro, que ocupaba la cátedra de griego. La discusión llegó á ser acalorada. En cierta ocasión el maestro León amenazó á Castro con quemar públicamente el tratado sobre Isaías, escrito por el segundo. Castro, hombre audaz, se anticipó á su adversario, denunciándole á la Inquisición.

Luis de León fué encarcelado, permaneciendo así durante cuatro años y medio, en los cuales

(1) Según parece claro por el proceso que se siguió á Fray Luis, y por otros documentos, nació en Belmonte, provincia de Guenca.

hubo de ser muy hábil para que preguntas y otros medios astutamente encaminados á convencerle de herejía y envolver asimismo al gran Arias Montano, no diesen efecto. A pesar de los manejos de Bartolomé de Medina y los recelos de los dominicos, Fr. Luis fué puesto en libertad en 7 de Diciembre de 1576.

Lo mismo que Cervantes, Fr. Luis halló en su prisión alientos para una grande obra, tan grande que le pone en primera línea entre los escritores místicos españoles; nos referimos á *Los Nombres de Cristo*, sublime comentario de los títulos que los Santos Padres y místicos habían atribuído á Nuestro Señor Jesucristo. El diálogo recuerda los de Platón, pero no directamente, sino un Platón alejandrino; en cambio su prosa es tan original y de tan singular entroncamiento clásico, que le da fisonomía propia. Estas cualidades vuelven á aparecer en la *Exposición del libro de Job*, en la versión del *Cantar de los Cantares* y en *La Perfecta Casada*, obra esta última muy apreciada en España, donde aún hoy pocas son las mujeres cristianas que no conocen este prudentísimo código de los deberes de una madre (1).

(1) Véase *Obras de Fr. Luis de León*: el tomo 37 de la Biblioteca de Autores Españoles. O la edición publicada por el P. Merino, con prólogo del P. Conrado Muños: cuatro tomos en 4.^o— *Luis de León: Su vida y sus procesos*, por L. G. Alonso Getino.— *Estudio biográfico*, por el P. Blanco García: un tomo en 4.^o, y la

Sus poesías originales le ponen á la altura de los primeros líricos españoles, y en su género no le alcanza nadie, ni Herrera, dicho sea concediendo á éste bastante más fácil artificio en la métrica. *Noche serena*, es dulce y majestuosa meditación, con rasgos de vehementísimos anhelos por otra vida que el alma pura del poeta vislumbra (1). La oda *A Salinas*, es de imponderable belleza; aquel mismo efecto que en el autor hacía la música del ciego Salinas, hace en nosotros su poesía. "Los griegos hubieran dicho de ella que producía la apetecida *sophrosyne*, aquella calma, reposo y templanza de efectos, fin supremo del arte."

La expresión más alta de la estética platónica, dice Menéndez Pelayo, "debe buscarse en aquella incomparable oda de Fr. Luis de León á la música del ciego Salinas, donde con frases de insuperable serenidad y belleza está expresado el poder aquietador y purificador del arte; la escala que forman las criaturas para que se levante el entendimiento desde la contemplación de las bellezas naturales y artísticas hasta la contemplación de la suma increada hermosura, la armonía viviente que en el Universo rige, armonía de números concor-

biografía de Arango. De *La Perfecta Casada* se han hecho multitud de ediciones de lujo y económicas: recuerdo la de *El Apostolado de la Prensa*, á 0,75 cénts.; y otra muy esmerada, hecha en Barcelona, con retrato del autor.

(1) Véase el Apéndice 1.º pág. 81.

des que los pitagóricos oían con los ojos del alma; música celeste, á la cual responde débil y flacamente la música humana.,,

La muy conocida oda *En la Ascensión*, es de mérito extraordinario. Dice el poeta, en arranque magnífico de amor:

¿Y dejas, Pastor santo,
 Tu grey en este valle hondo, oscuro,
 Con soledad y llanto,
 Y tú, rompiendo el puro
 Aire, te vas al inmortal seguro?
 Los antes bienhadados,
 Y los agora tristes y afligidos,
 A tus pechos criados,
 De ti desposeídos,
 ¿A dó convertirán ya sus sentidos?
 ¿Qué mirarán los ojos
 Que vieron de tu rostro la hermosura,
 Que no les sea enojos?
 Quien oyó tu dulzura,
 ¿Qué no tendrá por sordo y desventura?
 Aqueste mar turbado
 ¿Quién le pondrá ya freno? ¿Quién concierto
 Al viento fiero, airado,
 Estando tú encubierto?
 ¿Qué Norte guiará la nave al puerto?
 ¡Ay! nube envidiosa
 Aun deste breve gozo, ¿qué te quejas?
 ¿Dó vuelas presurosa?
 ¡Cuán rica tú te alejas
 Cuán pobres y cuán ciegos ¡ay! nos dejas!

De otra, la dedicada *A Felipe Ruiz*, no podemos decir nada por no extendernos, ni mencionaremos la oda *A Santiago*, ni siquiera la tan conocida *Profecía del Tajo*. Mas como juicio general de la escuela á que el maestro León perteneció, séanos permitido traer aquí la autoridad del primer Marqués de Pidal, que contesta á los depresores de nuestros grandes vates del siglo XVI. He aquí sus palabras:

“Cuando los de esta escuela, animados del sentimiento religioso, tan fuerte en aquella época, llenos de fervor y devoción, y sostenidos por sus profundas y enérgicas convicciones, trataban asuntos en que podían entrar las máximas y sentimientos del cristianismo, sus afecciones, su espiritualidad y sus vastas y elevadas contemplaciones, entonces estos poetas, combinando este grande y poderoso elemento con los elementos antiguos, vivificando sus concepciones hermosas y magníficas, sí, pero materiales y sensibles, con la espiritualidad y elevación del cristianismo, entonces eran originales, eran espontáneos, y creaban una especie de poesía nueva, desconocida y de mayor sublimidad y grandeza que la hasta allí usada y aprendida. El cristianismo fecundizó la literatura antigua, que acababa entonces, por decirlo así, de revivir...”

Si algún poeta logró esa conversión de la literatura clásica, fué sin duda Fr. Luis de León, quien jamás *volvió del revés* un hermoso tapiz, sino que

con las mismas sedas *hizo otro nuevo* que en nada desmerece del original (1).

“El mármol del Pentélico labrado por sus manos se convierte en estatua cristiana, y sobre un cúmulo de reminiscencias de griegos, latinos é italianos, de Horacio, de Píndaro y de Petrarca, de Virgilio y del himno de Aristóteles á Hermias, corre juvenil aliento de vida que lo transfigura y lo remoja todo. Así, con piedras de las canteras del Ática, labró Andrés Chénier sus elegías y sus idilios, jactándose de haber hecho, sobre pensamientos nuevos, versos de hermosura antigua; pero bien sabéis que el procedimiento tenía fecha. Error es creer que la originalidad poética consista en las ideas. Nada propio tiene Garcilaso más que el sentimiento, y por eso sólo vive y vivirá mientras dure la lengua. Y aunque descubramos la fuente de cada uno de los versos de Fr. Luis de León, y digamos que la tempestad de la oda *A Felipe Ruiz* se copió de las *Geórgicas* y que *La vida del campo* y *La profecía del Tajo* son relieves de la musa de Horacio, siempre nos quedará una esencia purísima, que se escapa del análisis; y es que el poeta ha vuelto á sentir y á *vivir* todo lo que imita de sus modelos, y con sentirlo lo hace propio, y lo anima con rasgos suyos; y así en la tem-

(1) Véase lo que en el prólogo de sus *poesías* dice él respecto á las dificultades que ofrece una justa y elegante traducción de las composiciones escritas en lengua extraña.

pestad pone el *carro de Dios ligero y reluciente*, y en la *vida retirada* nos hace penetrar en la granja de su convento, orillas del Tormes, en vez de llevarnos, como Horacio, á la alquería de Pulla ó de Sabinia, donde la tostada esposa enciende la leña para el cazador fatigado. ¡Poesía legítima y sincera, aunque se haya despertado por inspiración refleja, al contacto de las páginas de otro libro! Hay cierta misteriosa generación en lo bello, como dijo Platón,, (1).

(1) Menéndez y Pelayo: *Sobre la poesía mística en España*, Discurso de recepción en la Academia Española. — (Del libro *Autores Españoles é Hispano-Americanos*, págs. 487 á 492.)



ADVERTENCIA. En la página 9, líneas 15 y 16, se alude á la Conferencia pronunciada en el mismo Centro, acerca de Santa Teresa de Jesús, por la ilustre escritora Doña Blanca de los Ríos de Lampérez.

INDICE GENERAL

Retrato de Fr. Luis de León.	
Dedicatoria.....	5
CONFERENCIA:	
Introducción.....	9
La perfecta casada.....	32
Fin de la conferencia.....	76
Indice de los puntos que abarca.....	79
APÉNDICES:	
I. Poesía de Fr. Luis citada en el texto....	81
II. Artículo crítico acerca de Fr. Luis de León.....	84

AUTORES ESPAÑOLES É HISPANO-AMERICANOS

ESTUDIO CRÍTICO DE SUS OBRAS PRINCIPALES

POR

D. JOSÉ ROGERIO SÁNCHEZ

Doctor en Filosofía y Letras, Catedrático por oposición, Profesor de Literatura Española en la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, Director de la Academia Especial de Derecho, etc.

Nada más oportuno para vulgarizar el conocimiento de nuestra gloriosa literatura, que el libro recién editado por esta Casa. El prestigio de su autor dentro del profesorado español y en la especialidad á la cual se ha dedicado, es garantía suficiente del acierto con que ha cumplido su empresa; los elogios de la crítica y de la Real Academia Española nos autorizan á ofrecer esta nueva publicación **del Dr. Rogerio Sánchez**, en la confianza de que ha de satisfacer las exigencias de las personas amantes de la literatura nacional. Como hoy es imposible separar la vista de los grandes autores hispano-americanos que en Europa han sido los iniciadores de nuevas corrientes artísticas, el autor ha tenido la feliz idea de estudiar también en su libro aquellas primeras figuras de la América Española.

Ninguno de los grandes descubrimientos de la investigación moderna ha sido desatendido, sino muy bien aprovechados todos, y la nota de originalidad campea en las páginas de **Autores es-**

BIBLIOTECA

pañoles é hispano-americanos, haciendo aménisimo su estudio.

Resulta, pues, el libro una obra interesantísima, tanto por la parte crítica como por ser una verdadera **antología** muy útil para los alumnos de literatura, para los opositores á cátedras y para todos los que necesiten formar un criterio sobre los escritores más notables.

La forma de Diccionario, aceptada por el autor, facilita el manejo del libro para la consulta rápida de aquellos literatos que de momento nos interesen; pudiendo afirmarse que no habrá biblioteca ni mesa de trabajo donde no se encuentre este libro.

Atentos al beneficio que puede reportar esta publicación, se ha fijado su precio, para la venta, **en 8 pesetas ejemplar**, no obstante exceder el tomo de **900 páginas** y estar editado con todo esmero. Los pedidos se servirán francos de porte, y á los señores librereros se hacen descuentos considerables.

PERLADO, PÁEZ Y C.^ª

Arenal, 11 y Quintana, 31 y 33.—Madrid.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

LA OBRA DE LUTERO.—Ensayo histórico-crítico.
Un tomo. *Agotada.*

LOS GRANDES LITERATOS.—Estudio crítico de sus obras principales. Declarado de mérito por la Real Academia Española. Un tomo de 600 páginas en 4.º

PRECEPTIVA LITERARIA Y COMPOSICIÓN.—Declarada de mérito por el Consejo de Instrucción pública. *Segunda edición.*

ESTÉTICA GENERAL.—Lógica del sentimiento.—Un tomo en 4.º de 400 páginas. *Está en prensa la segunda edición.*

RESUMEN DE HISTORIA UNIVERSAL DE LA LITERATURA.—Un tomo de 300 páginas. Declarado de mérito por la Real Academia Española. *Segunda edición, ilustrada con gran número de retratos.*

NOTICIA HISTÓRICA DE LA LENGUA CASTELLANA.—Un tomo de 108 páginas en 8.º

NOVELAS

A TODA LUZ.—Novelas cortas, ilustradas con preciosos grabados. *En prensa la segunda edición.*

ALMAS DE ACERO.—Novela premiada por la Biblioteca "Patria".—*Segunda edición.*

EN BUSCA DE LA VIDA.—Novela reeditada por la misma Biblioteca.

TRISTES DESTINOS.—Novela.—*Segunda edición.*

Librería de **Perlado, Páez y C.^a**, Arenal, 11, Madrid, y en todas las de España y América.

Estos libros pueden también pedirse á la **Academia Especial de Derecho**, calle de Hita, 5 y 7, Madrid.

ARCHIVO MUNICIPAL

ALCALA DE HENARES.

334

Precio: Dos pesetas.

En todas las librerías. Los pedidos á la ACADEMIA
ESPECIAL DE DERECHO, calle de Hita, 5 y 7, Madrid.

1287

Cardenal Cisneros